

**CUERPO Y MÚSICAS «MULATAS»: NAVEGACIÓN FLUVIAL Y
TRANSCULTURACIÓN DE LOS BAILES CANTAOS EN EL BAJO
MAGDALENA**

INFORME FINAL

CONVOCATORIA FONCIENCIAS 2009 – 2011

Por:

**FABIO SILVA VALLEJO
DIRECTOR DEL PROYECTO**

**INVESTIGADORES
DEIBYS CARRASQUILLA
LUZ MERY BERNAL**

**GRUPOS DE INVESTIGACIÓN SOBRE ORALIDAD, NARRATIVAS
AUDIOVISUALES Y CULTURA POPULAR EN EL CARIBE COLOMBIANO
ORALOTECA**



**UNIVERSIDAD DEL MAGDALENA
SANTA MARTA**

2012

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN	3
1. ESTUDIOS SOBRE LA NAVEGACIÓN, TRANSCULTURACIÓN Y MÚSICA EN EL RÍO MAGDALENA	7
1.1. Historiografía regional	8
1.2. Relatos de viajeros	9
1.3. Bogas y esclavizados	10
1.4. Canal del Dique	11
1.5. Informes.....	11
1.6. Río Magdalena.....	11
1.7. Navegación Fluvial	12
1.8. El río como factor estratégico.....	13
1.9. Estudios locales.....	13
1.10. Música.....	14
1.11. Otros.....	14
2. “RÍO MAGDALENA QUE TE LA PASAS VIAJANDO”	15
3. LA NAVEGACIÓN FLUVIAL POR EL MAGDALENA, UNA TRAVESÍA	22
3. “BOGA BOGÁ”: TRANSCULTURACIÓN Y CIMARRONERÍA EN EL CARIBE COLOMBIANO	30
4. PRÁCTICAS MUSICALES EN EL BAJO MAGDALENA	45
5. EL RÍO MAGDALENA Y LA FORMACIÓN DE UNA SOCIEDAD	57
CONCLUSIONES	58
BIBLIOGRAFÍA	60

INTRODUCCIÓN

“El Río Magdalena anda como la luna,
Lento por el planeta de hojas verdes,
un ave roja aúlla, zumba el sonido
de viejas alas negras, las riberas
tiñen el transcurrir de aguas y de aguas.
Todos es el río, toda la vida es río,
Y Antonino Bernales era río.
Pescador, carpintero, boga, aguja
de red, clavo para las tablas
Martillo y canto, todo era Antonino
Mientras el Magdalena como la luna lenta
Arrasaba el caudal de las vidas del río”.

(Pablo Neruda, Antonino Bernales)

En la presente investigación se describe e interpreta la manera en que la navegación fluvial y los circuitos del comercio regional, incidieron en los procesos de transculturación de los bailes cantaos en el Bajo Magdalena. Esto implica pensar e indagar en torno a los procesos de movilidad regional y en la manera en que contribuyó a la formación cultural de la región. Para ello, se concentra en unas prácticas musicales como los bailes cantaos, las cuales, corresponde a una clasificación que incluye un repertorio heterogéneo de ritmos y danza caribeñas. Dicho proceso, se desarrolló en un contexto de poder colonial, de resistencias y adaptaciones, en las cuales, la geografía colombiana, así como el sacrificio de una población heterogénea fue determinante.

El Bajo Magdalena es una de las tres subregiones en las que se ha dividido río Magdalena. Esta área incluye la parte Sur del Departamento del Cesar, Oeste y Sur del Departamento del Magdalena, Este del Atlántico y Centro y Sur de Bolívar, en la Depresión Momposina, en la región Caribe, al norte de la República de Colombia. Según la proyección del DANE en el 2005, el Bajo Magdalena se encuentra habitado por una población estimada a 859.587 habitantes y 34 municipios, de los cuales 20 se encuentran en el departamento del Magdalena entre ellos: Pivijay, Salamina, Concordia, Pedraza, Zapayán, El Piñón, Santa Bárbara de Pinto, Cerro de San Antonio, Plato, Nueva Granada, Chibolo, Ariguani, Sabanas de San Ángel, Tenerife, El Banco, Guamal, Pijiño del Carmen, San Sebastián, Santa Ana y San Zenón. En el departamento de Bolívar son 13 los municipios que lo integran: Magangué, Achí, Pinillos, Talaigua Nuevo, Cicuco, Mompos, San Fernando, Margarita, El Peñón, Hatillo de Loba, Barranco de Loba, San Martín de Loba y Altos del Rosario. Un municipio en el departamento del Cesar Tamalameque, y en el Atlántico: Barranquilla, Soledad, Malambo, Sabanagrande, Santo Tomás, Palmar de Varela, Ponedera, Candelaria y Suán. Todos ellos en su totalidad conforman una extensión aproximada de 35.000 Km².

Con el descubrimiento del río Grande de la Magdalena en 1501 y la posterior colonización de las costas con la fundación de Santa Marta y de Cartagena, los españoles inician una campaña colonizadora de la parte alta del continente suramericano. El control del territorio fue la principal estrategia y para ello debían echar mano de los principales recursos que el medio y las poblaciones indígenas doblegadas y sometidas le ofrecían. El Río Grande, se presentó entonces como la principal forma de penetración y extensión del control del territorio, para lo cual fue necesario el establecimiento de un sistema de navegación en el cual, las embarcaciones indígenas, como canoas, bongo y champán, y el recurso humano en primer lugar indio y negro, a través de la boga, lo hizo posible durante muchos años.

Indígenas y negros esclavizados tejieron sus estrategias de adaptación y resistencia, en las cuales la asimilación y la huida fueron las principales salidas. Esta última, debido a las características del medio, era relativamente fácil, así como la conformación de zonas alejadas, al margen del control colonial, en las cuales se desarrollaron libremente expresiones culturales como los ritmos musicales que se nombran a partir de la categoría de bailes cantaos, pero que recoge expresiones de la región, conocidas como cumbia, tambora, berroche, chandé, guacherna, bullerengue, pajarito, zambapalo, lumbalú, chalupa, en los cuales, los cantos y la percusión son aspectos característicos.

El desarrollo de esta investigación ha sido importante en el ámbito regional y nacional por dos razones fundamentales: en primer lugar, el proceso que se adelanta en la constitución del departamento de la Depresión Momposina, está relacionado en gran parte a la dirigencia de algunos municipios ubicados sobre el Río Magdalena que bajo la idea de elementos comunes entre estos pueblos ribereños, entre ellos la música, pretenden llevar a cabo un proceso de regionalización a partir de experiencias históricas que los configuró como habitantes de río. En segundo lugar, por ser el río Magdalena el más importante del Caribe colombiano y del país. El río Magdalena es una de las fuentes de comercio y cultura a nivel nacional, pues atraviesa de norte a sur el territorio colombiano. Esta cuenca hidrográfica constituye una de las principales vías de comunicación junto con la vía férrea, sobre ella se mueven embarcaciones que transportan productos agrícolas y manufacturas que llegan a las principales ciudades que impulsan la economía colombiana. De este modo, investigaciones que den cuenta de los procesos históricos, económicos y culturales generados a partir de la actividad comercial del río Magdalena, son necesarios para los habitantes del Caribe colombiano, así como para los colombianos que ven en este río el medio, la vía que definió la nación colombiana.

El proceso investigativo inició con el siguiente cuestionamiento: ¿Cómo la navegación fluvial y los circuitos del comercio regional en el río Magdalena incidieron en los procesos de transculturación y sincretismo de los bailes cantaos en el bajo Magdalena? Este interrogante se convirtió en la *rosa de los vientos* para la presente investigación, aunque tuvo variaciones en el poco

desarrollo que se le dio a la categoría de sincretismo, porque esta generalmente se asocia a aspectos de la religiosidad popular. De igual forma, la indagación se desarrolló en cuatro fases: en primer lugar, se identificó toda la bibliografía disponible sobre el tema, la cual se describe en el primer aparte. Allí se establecieron las temáticas más trabajadas y los aspectos que resultaron clave para comprender el objeto previamente delimitado, en ese sentido, navegación, población y música, fueron las principales temáticas. La segunda fase consistió en determinar el alcance de la información, para la posterior profundización en los archivos históricos del Magdalena, Atlántico, Bolívar y General de la Nación, así como las visitas a colecciones del museo romántico en Barranquilla y centro de documentación de la Sociedad Portuaria de Cartagena.

Esta revisión bibliográfica también permitió direccionar los elementos a consultar en los documentos en el Archivo Histórico de Cartagena (A.H.C). Además de la consulta de fuentes primarias, dentro de las actividades programadas, se tuvo como prioridad la identificación y lectura de libros en las principales bibliotecas de la ciudad como lo son: La Biblioteca José Fernández de Madrid de la Universidad de Cartagena, La Biblioteca Luis Enrique Borja Barón de la Universidad Tecnológica de Bolívar, Biblioteca Bartolomé Calvo, Luis Ángel Arango y la Biblioteca Augusto de Pombo Pareja de la Institución Universitaria de Bellas Artes para la consulta de textos que abordaran el tema de la música, específicamente de los bailes cantaos.

En las dos primeras etapas se identificaron los períodos más trabajados y se comprobó la dificultad de un trabajo más profundo y desde el enfoque de la historia social, para los siglos XVI, XVII y XVIII, debido a las pocas fuentes disponibles. Debido a esto, se profundizó en los siglos XIX y mediados del XX, ya que este rango de tiempo cubre una serie de procesos clave como independencia, introducción de vapor y descenso en la navegación, además de ser un período con información generosa y de acceso relativamente fácil. Para la comprensión del descenso de la navegación, se optó por trabajar la historia oral en espacios clave, generalmente puertos fluviales del Bajo Magdalena, cuya experiencia resultaría útil para comprender las incidencias de la decadencia del río como vía fluvial. Esto condujo a que la metodología se extendiera del método etnográfico aplicado a textos, a su uso frecuente en la antropología. En este sentido, la metodología en esta tercera fase de investigación se desarrolló a partir de técnicas como la entrevista y la observación, en este caso en las poblaciones de Plato, Zambrano, Calamar, El Banco y Cartagena (Pasacaballo), en las cuales se hizo seguimiento a los casos particulares, se realizaron conversaciones con músicos, compositores, y diferentes personas vinculadas a la navegación fluvial. Además, se observó la actividad actual asociada al río, lo cual, arrojó datos interesantes.

La cuarta etapa consistió en la organización y procesamiento de la información, la cual se basó, en la sistematización de datos recogidos de los archivos, de las entrevistas (previamente transcritas) y notas de campo. Esto se realizó a través de reseñas, citas, que se constituyeron en fichas digitales agrupadas de

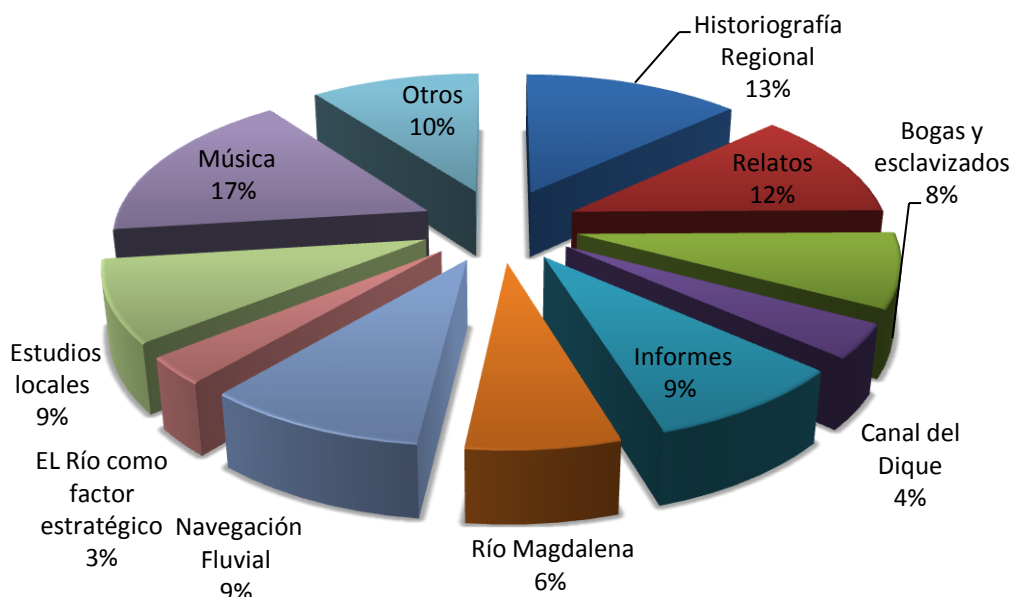
acuerdo al título según el aspecto al cual correspondiera (boga, embarcaciones, música, danza, entre otros). De acuerdo a esto y en contraste con la teoría implementada, se consolidaron los insumos para la redacción del presente informe.

1. ESTUDIOS SOBRE LA NAVEGACIÓN, TRANSCULTURACIÓN Y MÚSICA EN EL RÍO MAGDALENA

Para el presente proyecto se realizó una búsqueda de la bibliografía disponible relacionada con el río Magdalena, el desarrollo de la navegación fluvial y los procesos sociales y culturales de las poblaciones habitantes de sus riberas, principalmente asociados con la transculturación de los bailes cantaos en la parte baja del afluente. Esta búsqueda se concentró en los estudios de las ciencias sociales y de las humanidades, aunque tuvo en cuenta informes técnicos y trabajos de las ciencias naturales que son importantes para comprender la composición y posibilidades del río y la navegación fluvial, las cuales son clave para entender la formación social y cultural caribeña en Colombia.

La bibliografía disponible fue agrupada en once apartes de acuerdo con afinidades temáticas. Dichos ejes van de lo general a lo particular, iniciando con los trabajos de la historiografía regional y siguiendo con las crónicas de los viajeros del siglo XIX y XX, los bogas y esclavizados, los referentes al Canal del Dique, el río Magdalena, los informes técnicos, la navegación fluvial, el río como elemento estratégico, estudios locales, música y otros. No se incluye en este caso los manuscritos y fuentes transcritas y fotografiadas del Archivo General de la Nación, la Biblioteca Luis Ángel Arango, la Biblioteca Nacional, el Archivo de Cartagena y Departamental del Atlántico.

En términos generales, hay una cantidad considerable y diversa de producción relacionada con el bajo Magdalena. Sin embargo, dada la trascendencia del afluente para el poblamiento y estructuración social de la zona mencionada, se puede decir que la bibliografía existente aún es poca. Además de cantidad, hay una ausencia de estudios generales, que lo aborden a una escala macro en términos espaciales y temporales. A esto se acercan los trabajos que se relacionan a continuación en el aparte el río como elemento estratégico, sin embargo, además de ser pocos, en su mayoría se presentan como ideas que si bien son de vital importancia para comprender la trascendencia del río, se quedan cortos en los detalles y especificidades que son fundamentales. Dicha tarea es determinante para que las políticas de desarrollo económico vean en el río una alternativa para superar desigualdades regionales.



Gráfica 1. Porcentaje de las temáticas halladas en la consulta

1.1. Historiografía regional

En este tipo de estudio predomina aún la obra del maestro Orlando Fals Borda ([1979] 2002), como uno de los primeros y principales trabajos que busca dar cuenta de procesos de formación social en la región a partir del río Magdalena. Se destacan otros trabajos que si bien no se centran en el río son fundamentales para entender las dinámicas de la navegación fluvial en distintos momentos de la historia regional. Entre ellos se encuentran los trabajos de Bejarano (1977), Múnera (1998; 2005), Posada (1998), Meisel (1981), Lemeitre (1981; 1987). Recientemente han sido publicados los trabajos de Sæther (2005) y una variedad de artículos que ofrecen lecturas alternas a los sucesos acontecidos en la región (Bassi 2007; Márquez 2006; Polo 2006). Así mismo, se incluyen trabajos que desde algún sector específico pretende contar el comportamiento histórico de determinados aspectos. En ese caso, se encuentra la compilación de Carlos Dávila Ladrón de Guevara, quien, desde las empresas y los empresarios de la región quiere dar cuenta de los sucesos, en este caso, a través de personajes clave en la navegación fluvial como lo fue Juan Bernardo Elbers. En esta misma línea se presenta el trabajo de Alberto Mayor (1989), en su "Historia de la Industria Colombiana: 1886-1930".

El 13 % se explica en parte, porque es una de las categorías que recoge trabajos disimiles, que se agrupan en tanto buscan dar una lectura histórica de la región Caribe o de alguna de sus zonas. Dentro de esa heterogeneidad se encuentran los trabajos de Jesús Bejarano (1977) El siglo XIX en Colombia visto por historiadores norteamericanos, quien se detiene en un período clave de la navegación fluvial a partir de los trabajos de extranjeros. También aparece el artículo de Cesar Mendoza (1998), "Historia económica y social del

Caribe colombiano”, y Dimas Badel (1999) en el *Diccionario histórico-geográfico de Bolívar*.

Pocos de estos trabajos se concentran en señalar al río Magdalena como epicentro de la formación cultural caribeña. Una aproximación es la de Fals Borda, en el tomo I, Mompox y Loba, pero se queda corto en los alcances de la dinámica del río a lo largo de 500 años. Asimismo, la mayoría de los trabajos se aventuran en el estudio de la región a partir de áreas geográficas específicas, pero pocos señalan la manera en que estas subregiones se relacionan, oponen, rivalizan, complementan o intercambian.

1.2. Relatos de viajeros

Este aparte incluye una heterogeneidad de relatos y testimonios de las distintas experiencias de actores que utilizaron el río Magdalena como medio de transporte. Algunos de estos documentos son de una extensión considerable, mientras que otros son breves anécdotas con información clave para la interpretación historiográfica. Incluye también, transcripciones de archivos de indias, así como compilaciones de cronistas y viajeros de distintos años, y elaboraciones literarias como poesías, canciones y sonetos.

Para este aparte, el trabajo de Aníbal Noguera Mendoza (1980) es fundamental en cuanto recopila en dos tomos gran parte de los relatos sobre lo que se denominó el Río Grande de la Magdalena. Estos documentos son de gran valor histórico y estético, porque incorpora una variedad de descripciones que incluye poesía, pinturas, observaciones científicas, militares y artísticas, que resultan ser testimonios claves para comprender la relevancia del río en los procesos sociales y culturales que se dieron en los territorios construidos a lo largo de sus riberas.

También se encuentran los trabajos publicados de los viajeros del siglo XIX y principios del XX. Estos relatos están cargados de prejuicios étnico – raciales, que no son más que parte de la concepción eurocéntrica racista colonial de los viajeros europeos de estas fechas. Sin embargo, las descripciones y datos, más allá de los prejuicios, son de gran aporte a las investigaciones. Por ser el Magdalena el medio de transporte obligado para comunicar la costa con el interior del país, abundan los detalles sobre peripecias y anécdotas de viajes, así como datos y reflexiones de la práctica de navegación fluvial y de los pobladores del Magdalena. En este balance se resaltan, para principios de siglo XIX, los relatos del sueco Karl August Gosselman (1981), Charles Stuart Cochrane (1994), Hamilton, John Potter (1993), Auguste Le Moine (1985), Élisée Reclus (1893, 1899), Saffray (1948) y Christine Laffite Carles (1995); los cuales se caracterizan por ser los más extensos, y por poseer la descripción más detallada de los aspectos del río y la navegación fluvial, así como costumbres y situaciones cotidianas de las poblaciones que visitan.

De igual forma se suman otros testimonios cortos, pero de igual valor, como los de Arbouin, Leslie (2005), Hettner, Alfred (1994), Borda, J.J. (1867) y Santamaría (2003). Estos son documentos cortos, pero de información valiosa sobre la navegación fluvial.

El documento de Ybot León, Antonio (1952), mitad trabajo historiográfico y mitad transcripción de archivos, son incluidos en este aparte por la importancia de la información que posee, principalmente asociada con el oficio de la navegación fluvial en el Magdalena y el Canal del Dique. El apéndice A, transcribe archivos que manifiestan datos clave para interpretar procesos asociados con la navegación por el Magdalena y el Canal del Dique, como también lo hace el documento de Barras Aragón, (1931) en los cuales se depositan las pruebas de las distintas iniciativas para la adecuación y navegación por el Canal del Dique.

Estos relatos y testimonios referenciados, son fuentes secundarias útiles para tejer urdimbres que permitan consolidar los principales pilares del argumento historiográfico asociado con procesos y dinámicas socioculturales del río Magdalena y el Canal del Dique. Para el caso de los procesos de transculturación, son muchas las pistas y datos que permiten consolidar hipótesis o ampliar las descripciones sobre las condiciones del mestizaje, tal como lo han soslayado algunos autores, quienes les han asignado a la navegación, la boga y el transporte de esclavos, una de las razones para el poblamiento de la zona y por consecuente, la posibilidad de generación de nuevas formas culturales a partir de la introducción del elemento afro, en condiciones de predominio indígena y sometimiento a las formas y valoraciones europeas.

1.3. Bogas y esclavizados

Este es un tema amplio en el país, pero de poco desarrollo en la región. Más cuando se refiere al río Magdalena y a los detalles del proceso de transporte, fuga, cimarronaje e incorporación al oficio de la boga a la población afro introducida al continente de manera forzada. Para el caso de la temática en general, se puede consultar la compilación bibliográfica realizada por Restrepo y Rojas (2008), pero aquí se relacionan los trabajos relacionados con el río Magdalena y la región Caribe.

Algunos de los trabajos dan luces de manera general sobre las dinámicas históricas de los procesos de poblamiento de la población afro o negra (Friedemann y Arocha 1986), concentrándose generalmente en el caso de Cartagena (Borrego 1973, 1984, 2010; Palacios 1973, 1980), aunque realizando esfuerzos por comprender el fenómeno a escala regional (Herrera 2002, Helg 2011). Sobre la navegación fluvial y el oficio de la boga, se resaltan dos trabajos que dan luces sobre la trascendencia de este proceso para el poblamiento de la zona baja del Magdalena y la transculturación generada a

partir de la introducción de afrodescendientes destinados a este oficio (Borrego 1984; Peña 1988).

1.4. Canal del Dique

La bibliografía sobre el Canal del Dique es poca. Sin embargo, se resaltan una serie de trabajos que dan cuenta aspectos generales de sus características, así como una variedad de iniciativas relacionadas con las circunstancias en las cuales se ha llevado a cabo la navegación fluvial. Se resaltan los esfuerzos de Lemeitre (1981), Bell (1989), Castrillo (1981) y Visbal (1945) por identificar los procesos asociados con la navegación por el canal, así como los que Nichols (1955) y Córdoba y Lucena (1988) realizan con el fin de señalar las dificultades del canal para su uso como medio de transporte.

1.5. Informes

Un tipo de documentos que ofrece información importante sobre el río Magdalena y la navegación fluvial, son los informes técnicos. En su mayoría, se trata de trabajos de entidades públicas, privadas, y de particulares que analizan la situación del río, sus posibilidades y condiciones de navegabilidad. Estos documentos son clave para la investigación, en cuanto ofrecen datos importantes para identificar situaciones, transformaciones y obras de adecuación del río. Diferentes entidades ofrecen información en sus publicaciones y reportes, de acuerdo a su área de trabajo. Por parte del estado, se encuentran los informes del Ministerio de Transporte (1977, 1994), la Inspección de la Navegación Fluvial de Bolívar (1984). En estos casos, se trata de reportes periódicos sobre el comportamiento de la navegación fluvial realizado por distintas entidades adscritas al Ministerio de Transporte.

Se encuentran también, informes de las Corporaciones como Cormagdalena (2002), Cardique, Corporación Autónoma Regional de los Valles del Magdalena y el Sinu, CVM (1964). En este caso, dichos trabajos se concentran en las condiciones del río, pesca y otras generalidades. Otros trabajos, como los realizados por la Asociación Nacional de Navieros (1990), Naranjo, Enrique (1917), Berger, Julius (1971) y Rico Eduardo (1969), ofrecen una variedad de información de gran utilidad. Se concentran en su mayoría en la descripción de obras y estudios realizados para ampliar o recuperar la navegabilidad.

1.6. Río Magdalena

Este aparte se refiere a la bibliografía disponible sobre el río Magdalena en sus aspectos generales, pero relacionados en su mayoría a sus características naturales. Uno de esos trabajos que ofrece un panorama completo sobre las características del río, es el de Carlos Castaño Uribe (2003), el cual, recoge aspectos desde su origen, hasta sus transformaciones más recientes. Otro par

de trabajos con información general se encuentra en las publicaciones del Museo nacional de Colombia (2010) y el trabajo de León Ruíz (1987). De igual forma aparece el trabajo de Eduardo Acevedo (1981), pero en este caso, profundizando en las problemáticas de río.

Un libro que detalla experiencias, observaciones y reconstrucciones sobre el río y las personas que habitan sus orillas, es la obra de Rafael Gómez Picón (1983), fuente de información indiscutible para cualquier tipo de consulta especializada o amateur. Gómez (1983) divide sus descripciones en las tres zonas en las cuales ha sido dividido el río: alto, medio y bajo, esta última, sobre la cual se enfoca el presente estudio.

1.7. Navegación Fluvial

Si bien el Magdalena no es el único río navegable, si es el principal y más importante de Colombia a lo largo de muchos años. De esto dan cuenta una variedad de trabajos que intentan describir y explicar las razones, condiciones y características de la navegación fluvial en el Magdalena. Más allá de los que se quiera pensar, existen una variedad de trabajos serios y grandes esfuerzos por detallar el proceso de transporte por el río. Uno de esos trabajos, minucioso en los datos e ilustrado con las fuentes que se encuentran disponibles, es el trabajo de Antonio Montaña (1994), titulado *A todo Vapor*. En este trabajo se describen las generalidades de la navegación fluvial, echando mano de diversas fuentes tales como acuarelas, mapas, relatos de cronistas y viajeros, que el autor reproduce en el afán de ofrecer todos los recursos disponibles que hagan posible la comprensión de la navegación fluvial.

Otro recorrido histórico de la navegación por el Magdalena lo realizan Bell Lemus (1989), Posada (1989), Solano (1998) y Zambrano (1979), a través de distintos artículos que describen los principales aspectos de la actividad naviera, destacando la transición entre diferentes sistemas y recursos de transporte por el río. A estos artículos se suman trabajos que ofrecen otra cantidad de información, algunos de ellos valiosos por la fecha en la que fueron publicados originalmente, entre estos se encuentran los de Acosta (1945), Alvarado (2008) y Alvear (2005).

La variedad de trabajos, implica el abordaje de distintos enfoques y especificidades. Entre las estrategias dispuestas para la comprensión del fenómeno mencionado, se encuentra la delimitación sobre el puerto. Para este caso existen varios trabajos de distintos períodos, en tanto su análisis logra dimensionar la trascendencia de la actividad para una población. En este caso, se aborda sin distinción y en ocasiones en completa correlación con los puertos marítimos. Estos trabajos son los de Nichols (1973) y Solano (1986, 1989, 1998, 2003).

La especificidad se encuentra en los abordajes sobre un tipo de navegación, como la de vapor, y en el rol que desempeñó Juan Bernardo Elbers, tal como

lo resaltan Gilmore y Harrison (1977). En el caso de la navegación a vapor, Poveda (1998), en su libro *Vapores fluviales en Colombia* ofrece una panorámica detallada de los procesos e implicaciones de este fenómeno en Colombia, extendiéndose más allá de las experiencias del Magdalena. Asimismo, se encuentra el trabajo de Joaquín Moreno (2006) a través del libro *La navegación y el transporte fluvial en Colombia*. Fischer (2003), como parte de una compilación sobre las empresas y empresarios de la historia de Colombia en el siglo XIX y XX, analiza las empresas de navegación fluvial durante el siglo XIX, resaltando la manera en que esa labor se encontraba entre la dominación extranjera y la lucha por el monopolio.

Todos estos estudios ofrecen los insumos necesarios para entender la dinámica de la navegación fluvial en el Magdalena.

1.8. El río como factor estratégico

Sólo unos pocos trabajos se lanzan en la aventura de la interpretación holística del río Magdalena. Dos de ellos, de María Aguilera (2005, 2006), enfatizan en el rol económico del afluente natural en las poblaciones vecinas de la parte baja. En uno de los dos casos (Aguilera 2005), analiza la manera en que una población como Magangué su economía depende ampliamente del río. Por su parte, Rey Sinning (1995), con un énfasis en lo cultural, así como Fals Borda (2001^a, 2001^b), sugieren el elemento ribereño para señalar su incidencia en la formación social y cultural de sus poblaciones. Para ello recurren en las categorías de cultura riana (Rey Sinning (1995) y anfibia (2001^b) respectivamente.

Por su parte, Adriana Santos (2007) en un corto artículo da luces para una lectura geohistórica del Caribe colombiano. En este caso sugiere al río Magdalena como una extensión del Mar Caribe, y por ende, (ambos), en factores determinantes de los procesos de la región del Caribe colombiano. Por su parte, el reciente trabajo de David Arias (2010), encuentra en el río el eje de modernización de Colombia, en este caso, su énfasis se extiende a la dinámica artística y sobre todo, la manera en que el río, como medio de transporte actuó en el desarrollo del proceso cultural colombiano.

1.9. Estudios locales

Una serie de trabajos se abordan desde la perspectiva local. Es decir, delimitan su objeto a partir de unidades territoriales específicas y políticamente delimitadas, como son, en efecto, los municipios. Estos trabajos se concentran en Barranquilla y Cartagena, y en menor medida poblaciones como Magangué y El Banco. En el caso de estos últimos se encuentran los trabajos de Aguilera (2002), Del Valle (1992), Mogollón (1924), Arias (2010). Se incluyen también, trabajos de otros municipios, como los de Tamalameque (Noriega 2003) y Calamar (Martelo 2004).

Para el caso de Barranquilla, se encuentran los trabajos de Arrieta y Hernández (2007), Archila (1987), Conde (1990), Montoya (1929), Posada (1987) y Solano (1987). Para el caso de Cartagena se encuentran los trabajos de Del Castillo (1979), Urrueta (1890) y Lemaitre (1981). Estos trabajos, exploran aspectos específicos de estas localidades, relacionados con la navegación fluvial o el río como fuente de recursos.

1.10. Música

Los estudios sobre prácticas musicales, navegación fluvial y río Magdalena son inexistentes. Sin embargo, la bibliografía producida sobre la música de la región puede ofrecer datos útiles para comprender la relación. En ese sentido, se relacionan a continuación una serie de trabajos cuya revisión puede ofrecer la información útil para establecer relaciones entre el río Magdalena, la navegación fluvial y los procesos de transculturación de los bailes cantos.

En primer lugar existe una serie de trabajos dirigidos desde los estudios del folclor, que se han constituido en referentes importantes, pero con mucha información que necesita ser sometida a comprobación. Entre estos trabajos se encuentran los de Abadía Morales (1985, 1991), Ocampo (2000) y Paba (1948). Asimismo, hay una variedad de trabajos regionales, cuyo temática y recursos de abordajes son muy cercanos al estudio propuesto, entre estos se encuentran los de Angulo (2007), Benítez (2000, 2003), Posada (1986), Bermúdez (1987) y Wade (2002).

Hay otros trabajos que se especializan en ritmos específicos como Carbo (1983, 2001, 2003), y otros que por su generalidad o sus planteamientos pueden resultar útiles en la indagación como List (1987), Nieves (2008). Sin embargo, los más cercanos a la temática tratada y que realizan un esfuerzo por comprender las expresiones en relación al río son los de Pérez (1996, 2002, 2004, 2005) y Pino (1989) a partir del estudio del son de negro y la tambora, ritmos, claramente resultado del proceso de transculturación cultural generado por las actividades generadas en torno al río Magdalena.

1.11. Otros

Se ha desarrollado de igual forma, una bibliografía cuya temática no se asocia directamente con los apartes anteriores, pero que igualmente pueden resultar útiles. La temática es heterogénea, pero se identifican tendencias que se pueden agrupar fácilmente. Se destacan en ese sentido, los trabajos sobre tradición oral Ayala (2004), Vergara (1989), historia oral y ambiental (Molano y Martínez 2000; Molano 2006), literatura (Nieto 2001; Nieto Villamizar 2001; García Márquez 2008, Ruíz 1998) y festividades (Friedemann 1984; Posada 1973).

2. “RÍO MAGDALENA, QUE TE LA PASAS VIAJANDO”

“Río Magdalena
que cruzas por tanto pueblo
pasas orgulloso
bajo el Puente Pumarejo
Río Magdalena
de mi Colombia querida
pasa por el puente
pa' unirnos pa' toda la vida
Río Magdalena
que nunca te pones viejo
sigues orgulloso
bajo el Puente Pumarejo
Río Magdalena
Te llevaste a Evaristo
Cumple con sus sueños ahora que el puente está listo”

Puente Pumarejo, Marco Aurelio Álvarez

Los primeros datos geográficos del Río Magdalena surgieron durante la época colonial, con los estudios técnicos de Francisco José de Caldas, Alejandro de Humboldt y Joaquín Francisco Fidalgo, quienes levantan los primeros planos de la arteria fluvial más importante de Colombia. Caldas, realizó un mapa en donde cartografiaba al río desde su nacimiento hasta el puerto de purificación en el Alto Magdalena, obra que fue completada por Humboldt con el recorrido de Mahates a Honda, como resultado su viaje por el Río Magdalena durante los meses de abril, mayo y junio de 1801. Este mapa fue publicado en el año 1814 en el *Atlas Geographique et Physique du Nouveau Continent* y es considerado como uno de los mejores levantamientos geográficos de la época, del cual se obtuvieron tres copias que aún existen. Una de ellas la llevó Humboldt a Europa una vez terminado el recorrido, la segunda reposa en el Depósito Hidrográfico de Madrid y la tercera en la Mapoteca de la Biblioteca Luis Ángel Arango en Bogotá. Por su parte, Fidalgo lideró una expedición nombrada con su apellido en 1801 experiencia que le fue útil para realizar un mapa y realizar descripciones que fueron la base para el informe que rindió a la corona a comienzos del siglo XIX y publicado en Madrid en 1817. (Acevedo 1981)

Respecto a los datos históricos y geográficos del río Magdalena el antropólogo Carlos Castaño Uribe en su Libro *Río Grande de La Magdalena* (2003), nombra así su obra haciendo alusión a denominación del mismo por parte de los españoles, dado que fue el camino que posibilitó la conquista del interior, resaltando que las montañas y llanuras que recorren la cuenca ha sido escenario para el desarrollo económico del país desde la época prehispánica.

Por esta razón el autor hace una detallada descripción de la historia y geografía del Río Magdalena, empezando por su descubrimiento hasta plantear las problemáticas ambientales que se presenta actualmente. De esta manera, Castaño señala que el río se originó por:

“el levantamiento de los Andes; los tres ramales de la cordillera y parte del sistema montañoso periférico, serranías de San Lucas, San Jacinto y Sierra Nevada de Santa Marta moldearon esta gran hoyo y le abrieron paso al río hasta su desembocadura en el mar Caribe. La Gran Cuenca del Magdalena-Cauca es, ante todo, el resultado de la interacción del agua con las geformas andinas; las montañas interpuestas entre los valles interandinos encausan el flujo hídrico y le dan una orientación longitudinal que le permite recorrer la mayor parte del territorio nacional”. (Castaño 2003: 37)

El Río Magdalena nace a 3600 msnm en el Macizo colombiano y recorre hasta su desembocadura una distancia de 1550 km a Bocas de Ceniza y el Delta de Salamanca. Con una superficie de 257.400 km² cubriendo así tan solo el 24% del territorio colombiano. Su caudal es de 7100 m³/s a la altura de Calamar en el departamento de Bolívar, donde recoge más las aguas de más de 150 cuencas. El recorrer de este río por todo el país establece tres zonas bioclimáticas entre ellas Alta Montaña, Media Montaña y Baja Montaña. La primera se localiza entre los 5700 y 2700 msnm de la cordillera de los Andes, donde se encuentran los pisos glaciales, paramos y los deshielos que provienen del Nevado del Huila, Tolima y Ruiz. La Media Montaña se encuentra en el piedemonte andino a 2700 msnm, conformada por fallas producidas con el choque de las placas tectónicas y los macizos montañosos de actividad volcánica, lo que origina procesos morfológicos que incrementan la sedimentación que contiene el Río Magdalena. Y la Baja Montaña que recibe los sedimentos de las partes altas, ubicada en las llanuras del piso térmico cálido.

Esta subdivisión bioclimática agrupa poblaciones y áreas que en la actualidad están referenciadas por estas características ambientales, que determinan lo que se denomina Magdalena Medio y Bajo Magdalena, configurando de esta manera regiones naturales y diversos grupos humanos que han creado sus propias condiciones de vida para adaptarse al medio que los rodea, lo que ha producido una cultura ribereña con tradiciones ancestrales que fueron heredadas de los Karib-Arawak. Lo anterior se evidencia en el tipo de vivienda palafítica, los cultivos y parcelas cercanos al río para recibir sus aguas, la pesca, las prendas de vestir propias del hombre ribereño etc. De esta manera, el río se ha convertido en fuente de alimento e impulso para el intercambio comercial.

El autor anota que cada una de estas regiones trae consigo su propio origen, su propia historia. En el Magdalena Medio el Río Magdalena en lengua Karib era llamado Yuma, desde Honda hasta la población de la Gloria, sectores que comprenden características ambientales similares y los pisos térmicos medio y cálido con una temperatura que oscila entre los 24 °C, donde las primeras precipitaciones se presentan en los meses de marzo y junio y con mayor intensidad en abril y mayo, un período de seco en agosto y septiembre, en octubre, noviembre y diciembre se presentan las lluvias más fuertes. En esta región confluyen las cuencas de los ríos Miel, Cocorná, Samaná, Claro y Caldera que provienen del lado de la cordillera Central. Así como también los ríos Negro, Carare, Lebrija, Sogamoso y Opon del lado de la cordillera Oriental.

La cuenca del Magdalena Medio se caracteriza por poseer bosques secos y húmedos tropicales en donde abundan especies como el guacamayo, cabo de hacha, caracolí, cedrillo, sapán, ceiba amarilla y guayacán, lo que indica una gran diversidad de árboles que resultan de gran valor comercial, razón por la cual son explotados con gran frecuencia. Además, estos bosques poseen una gran fauna silvestre en su mayoría una diversidad de aves que migran de Norteamérica buscando condiciones de vida más que todo en el invierno. Las aves más predominantes en este sector son el gavilán, la garza, el cardenal, el periquito, la gallina de monte, el colibrí, la tórtola azul entre otras y hacia la parte baja se hallan especies animales como camines, babillas, iguanas y tortugas, algunos mamíferos como el tigrillo, el tití cabeza blanca, el puma y el gato colorado.

El valle medio del Río Magdalena estuvo habitado por grupos tribales que lograron adaptarse a las condiciones de la selva tropical demostrado por los hallazgos de restos arqueológicos en las investigaciones de Gerardo Reichel Dolmatoff. Poblaciones indígenas tales como los panches, colimas, tapajes, carares, yareguies, sutagaos y opones que construían sus viviendas elípticas en lo alto de la colina, consumían yuca amarga, maíz y frutas en las selvas del Opón-Carare. Hacia 1954 con la colonización mestiza y campesina ocasionó deforestación de los ecosistemas selváticos.

A diferencia del Magdalena Medio, los indígenas Karib denominaban el río *Caripuña* y *Arlí* en sector del Bajo Magdalena, es el segmento más bajo y plano del Río Magdalena, localizado desde La Gloria y Bocas de Ceniza donde se encuentra con el Mar Caribe. Esta región se caracteriza por un paisaje cenagoso y pantanoso, y por montañas cuyas altitudes oscilan entre 300 y 2100 msnm y climas fríos y cálidos, al igual lo conforman lomas, valles aluviales, y colinas formadas por la erosión pluvial y fluvial y por la remoción en masa. Estos suelos contienen gran parte de material parental como rocas sedimentarias, sedimentos consolidados calcáreos que contienen yeso, sodio y areniscas.

La planicie aluvial, lomeríos y el piedemonte en el Bajo Magdalena en donde encuentran los municipios de El Banco, Guamal, San Sebastián, San Zenón y Magangué se caracteriza por la poca precipitación y las inundaciones periódicas producto de las crecientes del Río Magdalena, lo que crea la capacidad de retención de líquidos, favoreciendo al surgimiento de los complejos cenagosos y lagunares que conforman el mismo. De esta forma, las ciénagas son propias de esta región ubicada en su mayoría en el borde del río, así como también espejos de agua que se alejan de su cauce a lo largo del año.



Imagen 1. Mapa del Bajo Magdalena, tomado de (Castaño 2003) disponible en: <http://www.imeditores.com/banocc/rio/creditos.htm>

El complejo cenagoso posee una gran producción pesquera debido a su ubicación en tierras inundables que son nutridas por las aguas del río Magdalena que generan la alta productividad natural. Así pues, se presenta un constante flujo de una gran cantidad de peces que van del río a las ciénagas, lo que origina la subienda, característico en la dinámica ecosistémica de este complejo cenagoso.

“La región del Bajo Magdalena, por presentar condiciones particulares en su composición y en sus características físico bióticas, es una de las más ricas del país. La dinámica hidrológica, climática y en particular su desarrollo biológico, le imprimen un carácter de alta productividad a sus ecosistemas; las épocas de subienda y bajanza propician las migraciones de reproducción y alimentación del bocachico y del bagre y regulan la actividad de los pescadores en los ríos y ciénagas.” (Castaño 2003:123)

Lo que nos muestra que la pesca es uno de los indicadores de la gran productividad del río, así como también otras especies animales que se encuentran en la orilla entre ellos, el caimán, el armadillo, la guartinaja, la guacharaca, la babilla, el ponche, la iguana, venado, el ñeque y el conejo. No obstante, predomina en la región el manatí, el cual se encuentra en peligro de extinción esta área debido a que la contaminación ha destruido su hábitat natural, el cual debe caracterizarse por la presencia del plancton fluvial como base alimenticia de las especies que habitan el río y las ciénagas.

Además de la gran diversidad de especies animales, el Bajo Magdalena es poseedor de una gran variedad de plantas en las zonas húmedas y bajas del valle y hacia el rebalse del río, en especial aquellas que son propias de los espejos de agua tales como la taruya, la lechuga y la hoja de raya. Mientras que hacia el litoral el complejo cenagoso está bordeado de zonas de manglar, uno de los ecosistemas con mayor productividad biológica. En el valle seco y cálido se encuentran muchos arbustos y árboles como el dividivi, el candelabro, caracolí y guamacho, carrito etc. Al igual que las palmas de vino, amarga, iraca y bejucosa. Cabe aclarar que en el Bajo Magdalena todas sus riquezas naturales se distribuyen de manera desigual, otorgando un gran valor a ciertos lugares por los que recorre la cuenca entre ellos se conoce La Ciénaga Grande de Santa Marta, La Isla de Mompo, Las Serranía de San Jacinto y Ayapel, las depresiones de la Mojana y Momposina y Bocas de ceniza.

La Ciénaga Grande de Santa Marta forma el delta exterior del Río Magdalena, un ecosistema costero con una extensión de 1.280 km², que comprende la Ciénaga Grande y la Ciénaga de Pajarales y algunos pantanos. La isla de Mompo se le asigna este nombre debido al carácter insular, dado que se ubica en un punto donde el río cambia su curso y en la desembocadura del río Cauca, donde se presenta un período de lluvias muy cortos en el mes de

diciembre y marzo y altas en el mes de mayo y noviembre. La isla tiene una extensión de 2832 km² y habitado por 35.400 personas.

En lo concerniente a la Serranía de San Jacinto y Ayapel, Castaño se refiere a un conjunto de montañas ubicadas de forma paralela entre el Golfo de Morrosquillo y la bahía de Barbacoas, es decir, entre el municipio de Calamar en el departamento de Bolívar y San Andrés de Sotavento. La depresión Momposina donde confluyen los ríos Cauca, Magdalena, San Jorge y Cesar, denominada así por ser un área deprimida y por el hundimiento de capas producto de las fallas geológicas en la región de la Mojana. Y Bocas de Ceniza es la desembocadura del Río Magdalena en el Mar Caribe, donde la corriente da lugar a un delta submarino de cañones y barras de sedimentos que impidieron la navegación de grandes embarcaciones.

Además de dar cuenta de aspectos geográficos e históricos sobre el río Magdalena, la obra de Castaño también aborda aspectos culturales que resultan interesantes para esta investigación, en especial en la región del Bajo Magdalena por ser el área de estudio de los bailes cantaos. Al respecto el autor afirma que:

“En la zona plana e inundable se desarrolla una cultura que conjuga elementos ribereños, cienagueros y anfibios, que se manifiestan en el mito del hombre caimán, personaje ligado a los habitantes del Bajo Magdalena, desde Mompo hasta la Ciénaga de Santa Marta y de todo el Corredor del Canal del Dique” (Castaño 2003: 151)

Esta región de la cuenca del Magdalena era habitada por los indígenas Malibues, Chimilas y Zenues, que fueron desapareciendo con la dominación española, dando paso a una contracultura mestiza y anfibia, donde los indígenas se resistieron a las imposiciones y se formaron los palenques de los esclavos que huían de sus amos. Hacia el siglo XVIII surge en Cartagena y Santa Marta los primeros puertos marítimos y en Mompo el primer puerto fluvial, lo que contribuyó a que Barranquilla y Mejengue fueran centros urbanos.

Hacia el año 1915 y 1935 el Caribe colombiano inician los proyectos de explotación de hidrocarburos para obtener la inversión extranjera. En esta época muchas compañías norteamericanas vinieron en búsqueda de petróleo, pero no lograron consolidar una infraestructura portuaria, ni férrea. Así mismo en Montería y Sincelejo durante el siglo XX se produjo una demanda de carne lo que contribuyó al desarrollo de la ganadería en esta región. Al igual que se fomentó los cultivos de banano en las llanuras del río San Jorge, Sinú y en las estribaciones de la Sierra Nevada. Y en los años 50 fue primordial las vías de comunicación que comunicaran con centro del país, razón por la cual se vieron

en la necesidad de construir el ferrocarril y aeropuertos cada uno de ellos enlazados con el transporte fluvial por el río Magdalena.

Sin embargo, hacia el siglo XVI ya se había iniciado una obra importante como lo fue el Canal del Dique el 23 de octubre de 1650 con el fin de comunicar al puerto de Cartagena con el Río Magdalena. Así pues:

“con la participación de 2000 indígenas se inició la ejecución de la obra el 19 de enero de 1650. El Canal del Dique quedó localizado en el extremo norte de los Montes de María entre Calamar, población que dista 95 km por río de Barranquilla y Cartagena; tiene una longitud 115 km y pasa por un gran número de ciénagas, algunas de las cuales subsisten en estado natural, otras fueron modificadas y otras simplemente fueron desecadas” (Castaño 2003:154)

A pesar de su construcción, con el pasar del tiempo el Canal del Dique ha sido objeto de múltiples obras que si bien buscaban modificar el complejo lagunar con el objetivo de hacerlo navegable por la gran sedimentación que trae consigo el río Magdalena, lo cual no ha dado resultado hasta nuestros días haciendo de este un viaducto artificial al cual han invertido cantidades de dinero en dragado, ocasionando graves problemas ambientales por el arrastre de sedimentos. En el presente a través de este canal se transportan materiales como carbón y petróleo, y abastece de agua potable a la ciudad de Cartagena.

En síntesis el río Magdalena es la principal arteria fluvial que contribuyó al desarrollo económico del país y a la interacción entre las diferentes poblaciones. La conquista en el territorio colombiano inició con el descubrimiento del río Magdalena siendo esta la única vía de comunicación con el resto del mundo, y con ello el surgimiento de una nación que impulsó actividades económicas de intercambio comercial a partir de la explotación de las riquezas de la misma cuenca. A pesar de que estas actividades han disminuido es considerada principal fuente de vida de muchas especies animales y vegetales en cada una de sus regiones bioclimáticas, es una gran fuente de agua y de recursos energéticos. Por lo tanto su preservación y recuperación es importante en la medida en que se adelanten acciones que garanticen la subsistencia de todo lo que lo habita.

3. LA NAVEGACIÓN FLUVIAL POR EL MAGDALENA, UNA TRAVESÍA

“Fermina Daza y Florentino Ariza permanecieron asomados en el barandal de la sala común, confundidos con los pasajeros bulliciosos que jugaban a identificar las luces de la ciudad, hasta que el buque salió de la bahía, se metió por caños invisibles y ciénagas salpicadas por las luces ondulantes de los pescadores, y resolló por fin a pleno pulmón en el aire libre del río Grande de La Magdalena. Entonces la banda irrumpió con una pieza popular de moda, hubo una estampida de gozo de los pasajeros, y el baile se abrió en tropel”.

El Amor en los Tiempos del Cólera
Gabriel García Márquez

El territorio que actualmente comprende Colombia, obedece a un terreno diverso, en algunas partes plano, que corresponde a un 67% de llanuras bajas, mientras que en otras predomina el terreno escarpado montañoso que corresponde al 33% del espacio. La topografía varía de 5 a 5.772 MSNM. Posee costas en el océano Pacífico y el Mar Caribe, así como una variedad de ríos, lagunas y ciénagas, que le permiten poseer una innumerable variedad de especies animales y vegetales. Esas características, asociadas a su geografía y relieve, han establecido un escenario complejo y hostil para los intereses de las sociedades que lo han habitado, y que le han exigido estrategias que posibiliten la movilidad a lo largo y ancho del territorio, de acuerdo con las distintas condiciones que les plantea el entorno social y natural. Es necesario revisar estas estrategias, con el fin de mejorar, pero también, procurando desentrañar las incidencias que ha tenido el transporte en la formación de la sociedad colombiana.

En el período prehispánico, por ejemplo, fue inmensa la variedad de las especies naturales, así como lo era también, la abundancia y la dificultad de comunicación y transporte a lo largo del territorio. No obstante, como lo han demostrado los estudios históricos y arqueológicos, existió entre las diferentes comunidades indígenas, contactos, comercios e intercambios culturales que posibilitaron y enriquecieron el desarrollo de cada una de ellas.

Mucho antes de la existencia de vías férreas o carreteras, sólo la comunicación y el transporte se daba a través de caminos y ríos navegables. Para los primeros quedan los vestigios de los senderos empedrados de los Tayronas. Seguramente se dieron otras intervenciones al medio, pero fueron borradas por falta de uso, o por actividades y rutas introducidas por los europeos. En cuanto a la navegación en torno a ríos, pocas son las huellas que dejaron, pero se conservan descripciones en relatos sobre la manera en que los indígenas usaban pequeñas embarcaciones a través de distintos ríos, o las que usaban los indígenas caribes en sus travesías por el mar, en la parte continental y las pequeñas Antillas. Para la complejidad del territorio colombiano, resultó necesario el uso de variados sistemas de transporte que dieran respuesta a las exigencias de las condiciones del clima, la fauna, la geografía y los habitantes, muchos de los cuales, descontentos por la invasión de su territorio y la

interrupción de sus formas de vida, optaron por el acecho continuo de los transeúntes y navegantes.

En ese sentido, la navegación marítima y fluvial existió mucho antes de la presencia europea en el continente. Sin embargo, con la llegada de los españoles y su campaña colonizadora, adquirió una dinámica totalmente distinta: extensa, arrasadora con el medio ambiente, y discontinua y precaria con el servicio. De ahí en adelante, a las condiciones físicas del terreno se le fueron sumando otras que hicieron aún más difícil el transporte y comunicación, pero el proyecto colonizador y el deseo de expansión era necesario para la potencia emergente española que poco sabía de campañas de colonización a su favor. Asimismo, el precio, en su mayoría, lo estaban pagando los nativos.

Se entiende por navegación fluvial al proceso de transporte que se realiza por vías fluviales como ríos, canales, caños y ciénagas en los cuales sea posible realizar dicha acción. Para este caso se concentra en las actividades de este tipo asociadas al río Magdalena, aunque se hacen alusiones a otras vías, como el mar o algunas ciénagas y caños articulados al Magdalena. En términos históricos, se concentra en los procesos que se desarrollaron desde el siglo XIX hasta mediados del XX, período en el cual, la navegación disminuyó y no representó mayor impacto en los procesos sociales de los habitantes de su área de influencia.

Río Grande de la Magdalena, fue el nombre que le colocó Rodrigo de Bastidas luego de su primer avistamiento y prospección en 1501. Durante los próximos años estaría rondando las costas del Caribe continental, en busca de un lugar propicio para establecer su empresa, hasta que en 1525 se decidiera por la bahía de Santa Marta. Su vida no le sería suficiente para darse cuenta que dicha población y posteriormente Cartagena, sería el campamento de entrada para la conquista del interior de la parte norte del continente. El primero de los europeos en intentarlo, tomando como vía el Magdalena, sería Jerónimo de Melo con dos navíos y cuarenta hombres, evento que fue confirmado por Juan de Castellanos.

“Y cuando más duraba la carrera,
Iba la tempestad en más aumento,
Hasta tanto que ya salieron fuera
A las ondas del mar y largo viento:
Los indios vuelta dan a su ribera
Por no poderlos ir en seguimiento.
Ansi que consta ser este navío
El primero que entró por este río¹”

Esta aventura, motivada por la gratitud de la corona por los nuevos descubrimientos, inspiraría a otros comerciantes a involucrarse en la travesía de la conquista del Magdalena. En realidad, la principal motivación estaba en

¹ Una reproducción parcial de esta obra, de la cual se toma el fragmento se encuentra en la compilación de Anibal Noguera (1980: 22) sobre el río Magdalena.

las promesas de las ciudades cubiertas de oro de las que se decían, existían en Perú, y posteriormente el dorado y otras historias que fueron surgiendo para alejar al colonizador, pero que terminaban atrayéndolos más. Entre ellos se encontraba Gonzalo Jiménez de Quesada, quien en sus propias palabras decía:

“También los de Cartagena se contentaron con las sepulturas del Zenú donde hallaron harto oro y era cerca de Cartagena, y como también aquello se acabó como lo de Santa Marta, los uno y los otros quedaron con sola esperanza de lo que se descubriese el río arriba, por la grande noticia y lenguas de indios que de ellos tenían y aun no solamente los de éstas dos gobernaciones, pero aun los de la gobernación de Venezuela que poblaron los alemanes y los de Urupari, los cuales tenían también grandes noticias por lengua de indios de una provincia poderosa y rica que se llamaba meta que por la derrota que los indios mostraban venía á ser hacia el nacimiento del dicho río Grande, aunque ellos no tenían el camino para ir allá por la costa del dicho río como los de Santa Marta y Cartagena...” (Jiménez 1980: 35).

Pese a los obstáculos e inclemencias del clima y la horda de insectos dípteros de los que tanto se quejaron cronistas y viajeros, poco a poco se estableció una comunicación y transporte a lo largo del Nuevo Reino que tenía como columna vertebral el Río Grande de la Magdalena. De esta manera, para el siglo XVI, según Antonio Ybot León (1952) se había establecido un tráfico por el río, en el cual era frecuente el paso de la burocracia colonial (oidores, regidores, escribanos y gobernadores) con sus respectiva papelería. Además,

“Del Nuevo Reino bajaban por el río hasta Cartagena, oro, plata, esmeraldas, café, cacao, vainilla, cochinilla, frutas de la tierra, maderas y mantenimientos en abundancia de que se abastecía la ciudad, cuyos contornos no eran muy abundantes en ellos, que en cuanto a los metales preciosos, maderas, especias y otros muchas cosas, eran enviadas a España en las armadas.

A su vez subían por el Río Grande al Nuevo Reino, tejidos de España, ganado, pieles, semillas, manufacturas y todas cuantas cosas no se producían o fabricaban en aquellas tierras” (Ybot 1952: 43).

Pocos son los detalles que se tienen de la navegación fluvial hasta principios del siglo XIX, pero de acuerdo a los relatos de los cronistas de indias y archivos asociados a la navegación fluvial, esta se desarrolló paulatinamente y los viajeros se tuvieron que acostumbrar a la travesía que representaba el transporte al interior de las provincias. En este período, la actividad recayó sobre los indígenas que habitaban y navegaban el Magdalena. Según Ybot (1952), todo se debió a la interpretación acomodada que los encomenderos hicieron de la Real Cédula del 11 de agosto de 1552, en la cual se ordenaba la libre circulación de los indios por el Magdalena. Pero los encomenderos la

interpretaron de tal forma que insistieron en que los indígenas debían pagar tributo por su circulación por el río grande, el cual, se obligó a ser pagado a partir del servicio de la boga por parte de los indígenas.

Los indígenas vieron en la boga una alternativa más fácil que el pago en oro, sin embargo, no consideraron que esto sería en parte la causa de su desfallecimiento. No obstante, esto no fue la principal fuente de la disminución de la población. En un informe de Martin Camacho realizado en Cartagena con fecha del 10 de julio de 1596, el autor sostiene que por la actividad de la boga, los indígenas habían disminuido de 40.000 a menos de unos miles (Camacho [1596] 1980). Varias son las hipótesis que se han tejido, además de la mencionada, se incluye el descenso a causa de las enfermedades, más la acumulación del trabajo forzado. Ybot (1952), anota que:

“Pero no eran éstas solas las causas de la disminución de los naturales en las riberas del río. Había otras que procedían de ellas en cierto modo, como eran que se huían a las montañas a vivir libres e independientes, cual sucedía frecuentemente en las doctrinas, en las que a las mañanas habían desaparecido todos los naturales que a la noche antes estaban tan pacíficamente asentados; y a las veces, dejaban muertos o mal heridos a los misioneros” (Ybot 1952: 41).

De acuerdo a esto se establecieron nuevas directrices como las mencionadas en el informe anteriormente señalado de Martin Camacho ([1596] 1980). En este, sugiere:

“...que hagan botequines de poco porte que equipados con 12 negros cada uno, suban pasajeros y gente que va a la ligera al Nuevo Mundo en los cuales van muy más bien acomodados y a gusto, y los que tienen indios teniendo por cierta la nueva y voluntad de Vuestra Majestad convencido de la razón van ayudando a los indios con negros por manera que el que traía doce indios en una canoa echa seis y otros seis negros para que los dichos negros se adiestren por manera que cuando les quiten los indios tengan gente diestra con que bogar pretendiendo defender el quitarles la boga con todo su poder para lo cual unos hacen diligencias en el audiencia pidiendo quitarles a los indios sus grangerías de las cuales pienso dar cuenta a Vuestra Majestad en su lugar y otros dicen que yo hice falsa Relación a Vuestra Majestad y desde ahora suplican de ella y que no hay lugar al cumplimiento de la cédula real de Vuestra Majestad y otros dicen que hablan con más libertad que en entrando en el río con cuatro yerbas, que me den me mataran lo cual los indios saben muy bien hacer a todos estos riesgos me entregara yo de voluntad por servir a dios nuestro señor y Vuestra Majestad y redimir a estos miserables indios del martirio que a tantos a consumido...” (Camacho [1596] 1980: 67 - 68).

Como se advierte en la información anterior dicha transición (la de boga indio al boga negro) representó tensiones entre los beneficiarios de este oficio: los encomenderos, de Mompo, principalmente². No obstante, poco a poco se dio la transición y fueron los esclavizados los ahora encargados de impulsar las embarcaciones.

Con el transporte por el Río Grande de la Magdalena se fue conformando un circuito comercial incipiente, articulado por los puntos de embarque y descanso. Estos puntos se fueron cambiando a través del tiempo, cada vez que se redefinía la ruta más corta al interior de la Nueva Granada. En un principio, las poblaciones (en ese entonces Villas) de Mompo y Tenerife ocuparon una posición estratégica que luego, poco a poco fueron perdiendo. Ambas poblaciones fueron los centros de las respectivas provincias de Cartagena y Santa Marta, con las cuales, mantenían tensiones que se expresaron varias veces con la intención de adherirse a las provincias vecinas, es decir, Mompo a Santa Marta y Tenerife a Cartagena, las cuales limitaban con el río, y estas poblaciones veían como obstáculos para su comercio.

Para el año de 1741 hay otro informe que da cuenta de la dinámica del transporte y conformación de la estructura social y comercial. Para esta fecha, ya se habían introducido los esclavizados al servicio de la boga, los cuales eran puestos a trabajar de manera forzada por sus respectivos propietarios como parte del pago de los impuestos. Sin embargo, todavía alternaban con indios, mulatos y negros libres, quienes ya habían comenzado el oficio impulsados por el pago que sería común en el siguiente siglo: dinero, comida y aguardiente. El informe mencionado corresponde al funcionario colonial Miguel de Santiesteban ([1741] 1980) que describe su experiencia durante su retorno a España:

“Se paga por el flete 650 pesos desde Cartagena a Honda. En los lugares o pueblos que están sobre una y otra ribera de este río que son el Peñón, Menchiquejo, Tacaloe, Zambrano, Pueblo del Rey, Punta de Palma, Guaimaral, Pintados, Malambeto, Incapié, Caracolí, Cotoré y Ciénaga numeraban algunos prácticos para satisfacer mi curiosidad poco más de diez y nueve hombres lo más indios, algunos zambos y muy pocos negros libres y estos criollos que se pasan el tiempo en el ejercicio de bogas” (Santiesteban [1741] 1980: 94)

Para finales del siglo XVIII y principios del XIX se había consolidado una industria del transporte fluvial, en la que Mompo era epicentro del recurso humano y abastecimiento de provisiones. De igual forma se había establecido un circuito comercial que dependía ampliamente de la comunicación por el río Magdalena y que había convertido en poblaciones ubicadas a sus orillas, como focos de intercambio comercial. En este caso, la articulación del río se extendía

² Para mayores detalles, ver el trabajo de Borrego (1984, 2010), sobre la disputa por la boga en el Magdalena.

hasta poblaciones que actualmente parecen distantes de su dinámica, como es el caso de Santa Marta.

Para el siglo XIX existen una variedad de relatos que describen las condiciones de la navegación fluvial, al mismo tiempo, aportan elementos que resultan útiles para construir una imagen de algunos aspectos de la dinámica social, cultural y económica de la región del bajo Magdalena. Entre los viajeros se resaltan Karl August Gosselman (1981), Charles Stuart Cochrane (1994), Auguste Le Moine (1985), Élisée Reclus (1893, 1899), Jhon Potter Hamilton Saffray (1948) y Christine Laffite Carles (1995), Borda, J.J. (1867) y Santamaría (2003), entre otros. El militar inglés, Potter Hamilton, por ejemplo, en su estancia en Santa Marta, ofrece descripciones sobre los preparativos para el transporte a la provincia de Santa Fe:

“El domingo 4 de enero nos hallábamos preparados para emprender el viaje a través de las ciénagas o lagos, después de haber alquilado el señor Faribank una barcaza cubierta y una gran canoa para transportarnos con nuestro equipaje a la ciudad de Mompox y después de habernos provisto de los alimentos necesarios tales como galletas, ron, carne de ternera salada, aves, chocolate, etc. A propósito, recomiendo a todos los viajeros que suban el río Magdalena no olvidar sus mosquiteros, pues estos insectos chupadores constituyen una terrible molestia en el río, como pude comprobarlo por propia experiencia penosa, al haber dormido dos o tres noches sin mosquitero, suponiendo entonces que la picadura de este insecto americano no era tan ponzoñosa como la del mosquito del Mediterráneo. El bote o barca está construido con cubierta como los buques, la longitud es de 62 pies y seis pulgadas, once de ancho; la longitud de la parte cubierta tiene diecisiete pies; el conjunto de la tripulación lo integran un piloto, un timonel, un cocinero y diez hombres para impeler el barco con pértigas. La canoa grande llamada bongo se construye de un árbol ahuecado en forma cóncava con herramientas; tiene cuarenta y dos pies de longitud y seis pies dos pulgadas de ancho; la tripulación la componen un piloto, un cocinero y cinco hombres para impulsarla con pértigas” (Hamilton 1994: 10).

Las embarcaciones comunes para el transporte son los champanes, bongos y piraguas. A partir de 1832 iniciaría el transporte a vapor, a partir de la concesión exclusiva que el gobierno de Colombia a través de Bolívar diera durante 20 años a Juan Bernardo Elbers, fiel contribuyente de la campaña libertadora. El primer barco sería Fidelidad, sin embargo, este y otros tanto tuvieron innumerables problemas para su arribo a Honda debido a su gran calado. Por este motivo, los champanes no fueron desplazados en su totalidad por la comodidad y lujo de los vapores. Las acuarelas de Mark, junto a otras obras de Torres Méndez ilustran fielmente las características exteriores de las

embarcaciones, mientras los relatos de Goselmann, Hamilton y Cochrane, resaltan su interior.

Incluir fotos

Las estrategias de navegación fluvial para consolidar una dinámica de movilidad por el territorio colombiano depende de, por lo menos, cuatro aspectos fundamentales: condiciones geográficas, recursos, mano de obra y geopolítica. Las condiciones geográficas implican una de las principales dificultades, relacionadas con las características del terreno, clima, topografía y recursos hídricos. En Colombia, como se ha dicho, estos aspectos son heterogéneos y complejos. El Magdalena como río más importante, constituye una de las principales posibilidades, facilitado por sus diferentes vertientes, desembocaduras, caños y conexiones con ciénagas y el mar, así como obras artificiales como el Canal de Dique. Sin embargo, sus condiciones no son las más aptas naturalmente para la navegación de grandes embarcaciones, por lo que su desempeño dependería ampliamente de la gestión humana.

Las estrategias de comunicación y transporte por el río Magdalena están estrechamente asociadas con los recursos utilizados. Los bergantines y galeones, no fueron naves adecuadas para su introducción por el Magdalena, por lo que resultó necesario recurrir a las embarcaciones de los indígenas, así como a modelos posteriormente desarrollados de manera análoga a estos y a otros copiados de Europa. De esa forma, champanes y bongos, como goletas, lanchas y canoas hicieron parte de las primeras embarcaciones utilizadas para el propósito del transporte. Luego vendría la torpe incursión de la navegación a vapor, para darle paso a las barcazas y planchones impulsados por remolcadores alimentados por diesel en los tiempos en los que la línea férrea y las carreteras ya habían restado trascendencia al río. Estos recursos, como las adaptaciones del medio, dependerían ampliamente de la gestión humana.

La mano de obra es otro aspecto fundamental. Ante las condiciones del río, resultó necesario el uso de una amplia mano de obra que ejecutara las actividades concernientes con el transporte, relacionado con la logística e impulso de las naves, la guía y servidumbre, entre otros. Esta labor, en su mayoría fue realizada inicialmente por los indígenas, luego por los negros esclavizados traídos de África, y sobre el final, por los descendientes de estos. Esta fue otra de las dificultades, no solo por lo difícil del oficio, sino por la forma en que fue llevada a cabo, a partir de trabajo forzado y mal pago.

La dinámica histórica se refiere más exactamente a la geopolítica, es decir, al control de determinadas áreas o regiones. En esta, es central el poder, como ejercicio y manifestación del control de determinados lugares, pero más la ideología predominante que marcó las decisiones. De esta forma, el colonialismo fue el factor determinante que determinó la implementación de recursos materiales y de mano de obra. Este, a su vez, tuvo características específicas que determinaron el desenlace de los procesos sociales y culturales. Mientras portugueses, franceses, holandeses e ingleses optaron por

un sistema de control colonial basado en la explotación económica como pieza clave, los españoles se aventuraron en una compleja estrategia de control total del territorio y sus pobladores. Para los primeros, América era escenario para el comercio, mientras que los segundos veían con recelo la extensión del reino. Este aspecto fue definitivo, en cuanto marcó claramente las acciones y disposiciones de la corona para América Latina, muchas veces en oposición al desarrollo mismo de sus colonial, como se podrá establecer en la navegación fluvial.

El río, por su parte, fue escenario de disputa, inicialmente entre distintos grupos indígenas y luego entre ellos y los europeos y asimismo entre estos y los patriotas. Tiene una gran carga simbólica en cuanto se constituye en referente territorial, pero también de relatos e inspiraciones poéticas. El río es una vía directa, pero física y socialmente fragmentada, producto de disputas entre el poder colonial, sus inconsistencias y las prácticas de resistencia. En ese sentido, es una territorio anónimo desde la visión holística, imaginado en su totalidad únicamente por la colonia y no tanto por sus habitantes que sólo lo concebían parcialmente, tal como se advierte a partir de los distintos nombres con los que fue denominado por parte de los indígenas.

3. “BOGA BOGÁ”: TRANSCULTURACIÓN Y CIMARRONERÍA EN EL CARIBE COLOMBIANO

“Sobre el duro Magdalena,
largo proyecto de mar,
Islas de pluma y arena
graznan a la luz solar.
Y el boga, boga.
El boga, boga,
preso en su aguda piragua
y el remo, rema; interroga
al agua.
Y el boga, boga”.

(Una Canción en el Magdalena, Nicolás Guillén)

Con la introducción de los africanos esclavizados al interior de las provincias de la Nueva Granada, la población de este lado del continente se tornó cada vez más heterogénea y diversa. A la variedad de formas de vida que poseían los indígenas y españoles, se les sumaron las diversas prácticas, concepciones y costumbres de los africanos trasplantados. Estos procesos, marcarían considerablemente el desarrollo y formación de las sociedades del continente. Este aspecto ya ha sido resaltado e ilustrado en una variedad de trabajos, sin embargo, aún hace falta detallar un poco más el proceso de transculturación que dio origen a la sociedad caribeña de Colombia. Una oportunidad es la que se desarrolla aquí, intentando realizar la conexión de esos procesos con los fenómenos de movilidad y transporte por el río y la manera en que esto se evidencia en aspectos puntuales de la cultura de estas zonas, como son sus prácticas musicales.

Antes de recurrir a conceptos que inevitablemente conducen a aspectos raciales, es necesario resaltar la manera en que el término transculturación, resulta útil para nombrar una serie de procesos que se han desarrollado a lo largo de la historia nacional y regional. Y qué mejor que sean las ideas del antropólogo cubano Fernando Ortiz las que guíen las siguientes reflexiones, asociadas tanto a la formación cultural, como a la música. En el libro *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*, Ortiz (1991) ofrece una extensa descripción con una fina narrativa de los procesos de formación cultural a partir de dos productos que han marcado la cultura y sociedad cubana como son el tabaco y el azúcar. Contrapunteo es un término musical, una técnica que permite desarrollar dos sonidos independientes pero con correlación armónica, por lo que, en su libro, Ortiz ilustra este fenómeno a partir de la descripción

contrapunteada de los dos productos mencionados. Un ejemplo de ello en la propuesta de Ortiz, es la siguiente:

“El tabaco es oscuro, de negro a mulato; el azúcar es clara de mulata a blanca. El tabaco no cambia de color, nace moreno y muere con el color de su raza. El azúcar cambia de coloración, nace parda y se blanquea; es almibarada mulata que siendo prieta se abandona a la sabrosura popular y luego se encascarilla y refina para pasar por blanca, correr por todo el mundo, llegar a todas las bocas y ser pagada mejor, subiendo a las categorías dominantes de la escala social” (Ortiz [1940] 1991: 6).

Sin embargo, la contribución que se retoma aquí lo constituye los aportes a la categoría de transculturación; un esfuerzo que el autor realiza para superar otros conceptos conflictivos y polémicos que eran debatidos en la época. En ese sentido, Ortiz anota que:

“Entendemos que el vocablo transculturación expresa mejor las diferentes fases del proceso transitivo de una cultura a otra, porque éste no consiste solamente en adquirir una distinta cultura, que es lo que en rigor indica la voz angloamericana *acculturation*, sino que el proceso implica también necesariamente la pérdida o desarraigo de una cultura precedente, lo que pudiera decirse una parcial desculturación, y, además, significa la consiguiente creación de nuevos fenómenos culturales que pudieran denominarse de neoculturación” (Ortiz 1978: 86).

En otro de sus libros, pero en sintonía con el ya mencionado, titulado *La música afrocubana*, Ortiz (1975) ofrece una definición de la música de Cuba que muy bien podría ser utilizada para todo el Caribe:

“En los últimos lustros, como en siglos pasados, la música cubana ha logrado una fama más allá de los mares. Los cubanos hemos exportado con nuestra música más ensoñaciones y deleites que con el tabaco, más dulzuras y energías que con el azúcar. La música afrocubana es fuego, sabrosura y humo; es almíbar, sandunga y alivio; como un ron sonoro que se bebe por los oídos, que en el trato iguala a las gentes y en los sentidos dinamiza la vida” (Ortiz 1975:13).

Más cercano a cualquier escritura contemporánea de la antropología de los sentidos, Ortiz combina en esta definición una serie de aspectos que fueron centrales en el proceso de formación cultural en Cuba, producto de la transculturación y de los fenómenos de la plantación, para dar cuenta de una expresión cultural que nace de una experiencia muy poderosa que trabaja con las sensibilidades de los seres humanos: la música.

Pero la transculturación, ese proceso de producción cultural a partir del encuentro de disímiles experiencias de vida de distintas sociedades que llegan a compartir un mismo territorio, se da en unas condiciones particulares, lo cual, le aporta un aspecto político de gran trascendencia. En el Caribe, esas condiciones están dadas por el colonialismo, el cual, estableció formas de relaciones sociales y culturales, en las cuales el poder fue fundamental para el ejercicio de clasificación social y establecimiento de jerarquías raciales y de género (Quijano 2007). Sin embargo, las acciones que determinan el ejercicio del poder, no fueron absolutas, ni borraron cualquier forma cultural alterna, por el contrario, obedecieron a una “lucha de poder cultural” (Carrasquilla 2010) en la cual los sectores que se mantuvieron «doblegados» en el escenario económico y político, optaron por el recurso cultural como estrategia de resistencia, en las cuales la transculturación y la cimarronería fueron determinantes.

La cimarronería de la que aquí se habla, se refiere a los planteamientos de Carpentier (1957), Quintero (2005, 2009) y Depestre (1996), la cual, hace referencia a los procesos de fuga del régimen colonial que terminaron constituyéndose en estrategias de resistencia cultural. Estas se consolidaron espacialmente en palenques y kilombos, aunque existen algunas referencias (para el caso del Caribe colombiano) a su presencia en rochelas (Herrera 2002). Para Quintero esto sucedió porque:

“...frente a la ruralía esclavista controlada que la plantación representaba, el Caribe hispano rural, en esos primeros siglos, fue poblándose anárquica o libertariamente. Fue configurando una formación social particular alrededor de la naturaleza de ‘escapados’ de sus pobladores, una población que buscaba en el escape, en la fuga, sacudirse de la opresión; una sociedad opuesta a la plantación, basada en la libertad del retraimiento, en lo que podríamos llamar en los tiempos contemporáneos, el derecho a vivir en paz” (Quintero 2005: 209).

Los tiempos del colonialismo plantea entonces, una variedad de procesos, la mayoría de ellos inconclusos, pero definitivamente inciertos, que resultaron del desarrollo de distintas experiencias. La de la colonia, que buscaba la explotación económica del territorio y sus habitantes, así como el control cultural. El otro sector, se adaptaba y cumplía los designios de los europeos o se lanzaba en la aventura de la fuga y la resistencia en zonas alejadas y de difícil acceso, en las cuales podrían desarrollar abiertamente sus formas de vida. En esta última zona, se gestó el proceso de transculturación y cimarronería que sería determinante en la formación cultural, entre ellas, de las prácticas musicales. En este proceso:

“Muchos elementos culturales de los diversos trasfondos, naturalmente, perduraron; pero la formación cultural caribeña no puede entenderse como mera yuxtaposición de estos elementos, como sancocho o ajiaco de esos remanentes. Como configuración

coherente, aunque paradójica o contradictoria, tuvo su matriz inicial en la naturaleza de la contraplantación de la sociedad en la cual emergía, que nutrió patrones particulares de relaciones interétnicas que se manifestaron de maneras muy reveladoras en la música” (Quintero 2005: 217).

Se recurre a estos planteamientos en la intención de trascender la idea que subyace a la ideología del mestizaje y a su imagen de mezcla simple. En este caso, se intenta resaltar que el proceso de transculturación fue producto de una lucha de poder cultural, no como acuerdo, ni proceso planeado, sino como resultado de múltiples tensiones de actores con intereses diversos. El proceso es inconcluso, pero permite dar luces sobre el objeto de esta investigación, asociado con la transculturación de los bailes cantaos del Bajo Magdalena. Siguiendo estos planteamientos, Ángel Quintero (2009), cuando realiza su breve historia de las músicas «mulatas», sostiene que:

“En términos de estructura y prácticas de elaboración musical, las culturas «mulatas» afroamericanas desarrollaron elementos compartidos propios, distintos a los de sus tradiciones-«raíces». La hibridez conflictiva de su colonización constitutiva y la multiplicidad de entrecruzamientos temporales en su cotidianidad y devenir histórico fueron generando una formación cultural *descentrada*” (Quintero 2009: 82 - 83).

En este sentido, las prácticas musicales del Caribe, como producto de la transculturación y la cimarronería como estrategias de lucha de poder cultural, generaron una sonoridad otra, más allá de las formas estéticas, métricas de occidente y su pretensión colonial homogeneizadora. Por el contrario, las acciones de cimarronería, generalmente improvisadas y casuales, permitieron la existencia de disimiles procesos de elaboración musical que no se limitan a patrones fijos o constantes, sino a procesos centrífugos. Siguiendo con Quintero:

“La estructura sentimental anticentralista y dialógico se manifestó en – o generó- unas prácticas de elaboración musical donde se otorgó voz propia a la armonía y –sobre todo por la fuerza de su herencia sonora africana y su energética afroespiritualidad- al ritmo, además de la que expresaba la melodía. Es decir, la elaboración musical no se supeditó, como en occidente, a un principio ordenador unidimensional, la melodía o tonada, más bien se establecieron prácticas dialogantes entre los diversos elementos sonoros: melodía, armonía, ritmo, timbre y texturas... cuestionando la pretensión centralizadora, el diálogo descentrado entre tonada, armonía y ritmo representó –frente al universo sistémico newtoniano como conjunto integrado de relaciones recíprocas infinitamente repetibles- una exploración de las complejidades entre el ser y el convertirse; y de aquí la importancia también en estas músicas

mulatas de la seducción en el *baile*, como «invitación» erótica *sugerida*, sin desenlace determinado” (Quintero 2009: 84).

En el caso que aquí se desarrolla, que tiene que ver con la formación cultural de los bailes cantaos en el bajo Magdalena, como producto de transculturación y cimarronería cultural, se intentará realizar una articulación de estos procesos con la navegación fluvial, en cuanto a que esta se constituyó en una de las prácticas a través del cual se estableció una dinámica en el área del bajo Magdalena. Para ello, se señalará brevemente el papel que jugaron los distintos grupos humanos y se ilustrará a partir de relatos de viajeros la manera en que interactuaban con la actividad fluvial a partir del oficio de la boga en el Caribe colombiano.

Como se señaló en el aparte anterior, entre los aspectos centrales de la navegación fluvial estaba la mano de obra, la cual, actuaría como «motor humano» de las embarcaciones, así como la ocupación de los oficios que implicara la navegación fluvial. Se mostró que, los indígenas habitantes de las orillas del Magdalena habían resuelto ocuparse de este oficio como forma de pago por la falsa encomienda, pero que, producto del duro trabajo al que no estaban acostumbrados, más las enfermedades y la fuga habían sido disminuidos. Por este motivo, se dispuso reemplazar a los indígenas por africanos esclavizados para que se encargaran del oficio.

La fecha exacta así como la cantidad de negros esclavizados que ingresaron a Colombia es incierta. Lo mismo ocurre con lo que sucedió en la región y el bajo Magdalena. La posibilidad de acceder a esta información se complica, debido a que el puerto autorizado era Cartagena, y muchos fueron ingresados por puertos alternos. La trata fue compleja y obedeció a diferentes tendencias a lo largo del tiempo:

“Inicialmente ejercida de 1510 a 1595 por los españoles, de 1595 a 16401a continuaron los portugueses. De 1.685 a 1678 los asientos se dieron a los holandeses. Un asiento era un convenio entre la corona española y particulares o compañías a través de las cuales se arrendaba a estos últimos la explotación comercial de una zona de África con carácter de monopolio, para el suministro de artículos: frutos, hombres, avíos. De 1689 a 1693 el período de explotación fue de ingleses y portugueses y entre 1702 y 1750 se realizó el intercambio con compañías de Francia e Inglaterra en una competencia de comercio de materias primas, hombres y el predominio de los mares” (Friedemann 1979: 68).

En América se dieron tres períodos de la trata que fueron conocidos como: licencias, asientos y libre comercio (Palacio 1973: 23). Sin embargo, el primer registro de llegada de africanos al continente americano se rastrea en la Real Cédula de 22 de enero de 1510, en la cual se autoriza el ingreso de 200 esclavos con el fin de que fueran vendidos en la Española (Palacios 1973). En el libro de Borrego Pla (2010) publicado recientemente, anota que la primera

noticia que se tiene de esta población en Santa Marta es del año 1612, fecha en la cual había en toda la provincia 240 negros empleados en las pesquerías de perlas, actividades agrícolas, y ganaderas; entre 1609 a 1640 hay reporte de la entrada de 800 negros, mientras que en Cartagena la primera fecha de desembarco data de 1534 – 1535 y para 1595 había noticia del ingreso de 15.445 (Borrego 2010: 30 - 31).

El ingreso de esclavizados cada vez fue mayor, sin contar los que lo hacían de contrabando por los puertos alternos a Cartagena. Cada uno de ellos fue asignado a distintas labores de acuerdo a la provincia en la que se encontraran y de acuerdo:

“a las etnias de procedencia, pues serían factor fundamental que condicionarían su destino laboral. En el siglo XVI, estas procedencias se reducirían fundamentalmente a Guinea y Cabo Verde. Los primeros de un nivel cultural algo superior a sus otros hermanos de esclavitud, fueron preferidos por los españoles para el servicio doméstico, “dada su docilidad y alegría. Poseen despejada inteligencia, jovialidad y hablan fluidamente”. Sin embargo, los segundos fueron considerados “muy peligrosos por su orgullo, rebeldes a la enseñanza de la doctrina cristiana, pillos y revoltosos”. En el siglo posterior, en cambio, el origen se centraría en los “angola”, “arará” y “minas”. Los representantes de la primera, a pesar de que eran fáciles presas de las enfermedades, [...] En cuanto a los “arará” –cerca al actual Dahomey-, eran muy estimados por su valentía y fortaleza, aunque representaban rasgos de enfado y ferocidad. Por último, los “minas” –Costa de Oro-, despiertos y de gran resolución, eran los que más echaban de menos su África natal” (Borrego 2010: 69).

En los siguientes siglos, la procedencia y destinos de la trata esclavista fue diverso, en parte por los períodos de asiento y libre comercio (Palacio 1979). Cuando los esclavizados se incorporan al oficio de la boga, la encomienda se cobraba en efectivo (pesos), ya que con la disminución de los indígenas (por trabajo forzado, enfermedades y fuga) la encomienda no representaba grandes ganancias, así que los oficios de los indígenas comenzaron a ser pagados y estos, a su vez, a pagar el tributo en efectivo (Borrego 2010). Con la llegada de los negros esclavizados, producto del informe citado arriba del procurador Martin Camargo, el pago por la boga era cobrado por el propietario del esclavizado y no por él mismo. Sin embargo, como se verá más adelante, la tripulación no fue siempre en su totalidad de negros, sino mixta, es decir, de indígenas y afrodescendientes.

El proceso que aquí denominamos transculturación, generalmente ha sido descrito y analizado por estudiosos a partir de constantes alusiones raciales, siguiendo las categorías coloniales implementadas por los europeos para la clasificación social de la población a partir de apariencias físicas. En ese sentido, generalmente se alude al mestizaje como principal proceso de

formación cultural, pero entendiéndolo como mezcla biológica – cultural, aunque en muchos casos se interpreta de acuerdo a su uso colonial asociado a la mezcla de blanco e indio. Toda la variedad de categorías existentes, las ilustra Fray Juan de Santa Gertrudis ([1756] 1980), en sus notas de viaje tituladas “Maravillas de la naturaleza”:

“Antes de pasar adelante notó que el hijo de la negra y blanco se llama mulato. El hijo de mulata y blanco de llama zambo, y por mixtos y generaciones que pasen, nunca saldrán de la mancha. Mas la india con blanco, el hijo se llama mestizo. El hijo de mestiza con blanco se llama criollo. El hijo de criolla con blanco se llama cuarterón. El hijo de cuarterona con blanco, ya sale sin raza de indio. Pero el hijo de la cuarterona con criollo llaman saltatrás. El hijo de blanca con mestizo llaman tente en el aire” (De Santa Gertrudis [1756] 1980: 102).

Se advierte en el fragmento del relato, que el sistema de clasificación social tenía implícito un asunto de ascenso a partir de limpieza de sangre. Esto es ilustrado para el caso de la provincia de Santa Marta por Saether (2005) y discutido de manera general por Castro-Gómez (2005). Las categorías saltatrás y tente en el aire son útiles para ilustrarlo, en cuanto sugieren un retroceso o estancamiento en el proceso de limpieza. Pero lo que se quiere resaltar aquí, es el predominio de las categorías raciales coloniales en los intentos de análisis o estudios de los procesos de formación cultural, las cuales, complican su comprensión, en cuanto la mayoría de ellas no logra trascender la carga ideológica que ellas contienen. Dicha carga, se asocia tanto a la valoración cultural, como a la connotación biológica que subyace a la idea de la mezcla racial y que está muy cerca del riesgo de ser interpretado como un asunto “natural” y no socialmente construido, y por ende, posible de superar.

Este panorama es muy complejo, pero dentro la misma lógica ha producido reflexiones que intentan equilibrar la trascendencia histórica que se le ha dado a los distintos grupos socioraciales. En este sentido, han surgido categorías como zambaje y mulataje, con el fin de señalar que el proceso de formación cultural no dependió en su mayoría de la mezcla de blancos e indios (lo que se entendió como mestizaje en la colonia), sino que tuvo mayor tendencia el proceso de interacción de indígenas y negros (zambaje) o negros y blancos (mulataje), como lo intentan mostrar Gallego (2002) y Peña (1988) respectivamente. Entender el proceso de transculturación implica incorporar una variedad de procesos heterogéneos que trascienden el color y los distintos matices, y que han intentado ser ilustrados por las gamas variopintas de los colores de la piel. Esto, sin embargo, no implica desechar los invaluable aportes realizados hasta el momento, sino, darle peso al componente cultural, para distanciarse de los argumentos problemáticos naturales que se construyeron como parte constitutiva de la noción de raza.

Por ejemplo, el libro de David Peña Galindo (1988) *Los bogas de Mompox. Historia de un zambaje*, ofrece una serie de datos e importantes hipótesis sobre

el proceso de transculturación³ que él denomina zambaje. Sostiene que, en la disminución de la población indígena a causa de la boga por el Magdalena, los hombres fueron los principales desaparecidos, dejando en su mayoría a las mujeres solas. En el proceso de la trata negrera, los hombres superaban a las mujeres en alto porcentaje, además, eran los primeros los que se les asignaban oficios relacionados con la navegación. Esta situación estableció las condiciones para que se diera la mezcla entre mujeres indígenas y negros, generalmente fugados (Peña 1988). Para decirlo con las palabras de Peña:

“En el siglo XVIII, por sustracción de materia, la boga indígena había desaparecido y también la esclava. Los bogas son hombres libres, hijos de esclavos garañones, es decir, fugados y de las indias a las que la boga le quitó el marido” (Peña 1988: 34).

Esta situación constituiría un aspecto clave y determinante para la formación de la sociedad ribereña, porque los descendientes de esta mezcla no podían ser obligados a realizar trabajos por el Magdalena. Entonces, los mulatos y zambos, pasaron a formar parte de la principal mano de obra de estos oficios, así como unos cuantos indígenas, los cuales, cobraban en efectivo. Estas situaciones, junto a otros aspectos de la cultura de estas poblaciones pueden ser ilustradas a partir de los relatos de viajeros, advirtiendo sin embargo, que es ampliamente limitado en cuanto poco sería el acceso a sus lugares de vivienda, sobre todo de los que vivieran alejados del control colonial, como lo eran las riberas del Magdalena⁴. Esto representó una situación paradójica. Los bogas, cuya actividad dependían del río, si bien no eran esclavizados, simultáneamente vivían y actuaban en una situación parecida a la del cimarrón, evadiendo obligaciones tributarias, así como el duro trabajo, por lo cual habitaban en zonas cercanas pero de difícil acceso donde podían permanecer libres.

Los relatos de los viajeros⁵ de finales del XVIII y principios del XIX, dibujan una geografía muy distinta a lo que es actualmente el río Magdalena, en la cual predomina la exuberancia y la abundancia de especies diversas, así como el salvajismo y las acciones heroicas que inspiraban caimanes, manatíes y mosquitos. Por lo tanto, la interpretación y usos como fuente histórica no deben comprometer en demasía el carácter de verdad de las experiencias relatadas, pero tampoco despreciar, lo poco con lo que se cuenta para tratar de comprender los hechos del pasado. En ese sentido, son como pistas ilegibles de un manuscrito borroso o un artefacto alterado que debe ser tratado con delicadeza y sutileza e interpretado de igual forma.

³ Se entiende así, porque se infiere que al autor no le interesa la mezcla biológica de indígenas y negros, sino el proceso cultural resultante de la interacción de indígenas y afrodescendientes.

⁴ La navegación por el río Atrato fue suspendida varias veces porque, a diferencia del Magdalena, sus riberas estaban despobladas, situación que facilitaba el contrabando (Borrego 2010).

⁵ Para mayor detalle y acceso a las fuentes, consultar la compilación realizada y comentada por Aníbal Noguera (1980) y la colección publicada (impresa y virtual) por el Banco de la República.

El mapa trazado por la variedad de testimonios es diferente al actual. El Magdalena en ese entonces, trazaba en una escala de vista cartográfica una división virtual entre provincias, que en la realidad del champán se transformaba en punto de unión. Aunque la ciudad de Cartagena⁶ estaba más cerca que la de Santa Marta, ambas tenían posibilidades de acceso al interior a través del Magdalena, aunque, al parecer, el viaje por esta última representaba un mayor nivel de aventura por el paso de la ciénaga. De esta forma, una ciudad que hoy se percibe lejana al río, era en esos tiempos, parte del circuito comercial y territorial de la época.

Los juicios de estos viajeros estaban cargados aún de la ideología colonial, pese a que durante su estancia en Colombia ya reinaban los vientos de independencia, y Europa no sería la misma luego de la revolución francesa. Sin embargo, se advierte variaciones entre las observaciones de uno y otro, siendo en algunos casos más explícitos los prejuicios sobre los pobladores de la Gran Colombia. John Hamilton Potter es un militar inglés de generosa descripción nos ofrece algunos detalles de la vida diaria samaria en el año 1823. Sorprendido por el estilo del General Morillo, comandante de la ciudad que había sido recién invadida por indígenas, realiza una descripción sobre el atractivo que tiene el juego entre los habitantes:

“Hay una mancha en el temperamento del general Morillo -su pasión inveterada por el juego-, en cuya complacencia podría pasar días y noches en vela. Esta pasión ha demostrado ser la ruina de Suramérica, si no se toman medidas firmes por el Senado y el Congreso para detener su desarrollo, y si fuere posible, extirpar este veneno de la mente de todas las clases sociales; pues los antiguos grandes de España, los caballeros, los mecánicos, los indios y los negros son todos igualmente adictos a este vicio fascinador. Uno de los juegos predilectos entre la clase baja, se denomina "Más diez". Frecuentemente se ven mesas de este juego en las plazas públicas durante el carnaval; tienen bolsas alrededor numeradas hasta 22; el jugador lanza una bola alrededor, si ésta entra en una bolsa por encima del número 10, es ganancia para el banquero de la mesa, pero si por el contrario cae en una bolsa de numeración inferior, gana el jugador, pero le da al banquero de la mesa la ventaja de dos bolsas” (Hamilton 1994: 8).

⁶ Se hace referencia al período en el cual Barranquilla y lo que actualmente constituye el departamento del Atlántico hacía parte de ella. Para esta fecha, siglo XIX, Riohacha, por el contrario, era una provincia independiente, producto de la gestión en el pasado de los encomenderos encargados de la pesquería de perlas.

Música y religiosidad son otros dos aspectos comunes en las descripciones de viajeros, en este caso, Hamilton observa que:

“La música y el baile son las diversiones predilectas de los habitantes de Santa Marta, y en todas las ciudades de la costa se oye todas las noches tocar alegres guitarras y pies ágiles que se mueven a su ritmo. Los dueños de la casa reciben a los desconocidos con mucha amabilidad cuando desean entrar a bailar o a observar” (Hamilton 1994: 9).

“Muchos de los habitantes tienen una imagen del Niño Jesús en un retablo, que lo iluminan con velas durante la noche y lo adornan con flores y conchas de mar; éstas se encuentran en la costa próxima a Santa Marta en bellísimos colores y formas” (Hamilton 1994: 9).

Música, baile y juego, son aspectos comunes en la vida cotidiana de una ciudad pequeña, pero que ha resistido a diversas inclemencias del clima, invasiones y mala administración. La ciudad, se describe entre contrastes: con poco movimiento económico, predomina la ruina, y en ella no se encuentran aposentos o restaurantes. Por otro lado, se resalta la exuberante geografía del clima cálido y la sorpresa de la nieve perpetua de las altas montañas, así como el río de aguas frescas que se encuentra a las afueras. Siguiendo con las costumbres de la ciudad, se resaltan en estas descripciones las observaciones sobre la música. En este caso, Carl August Gosselman, un sueco generoso en las descripciones, observando con los ojos de los valores europeos, da cuenta de dos distintas formas de expresión musical en la ciudad. En primer lugar, sobre Santa Marta dice:

“Al igual que en Cartagena, les gusta mucho el baile. A la vez es frecuente escuchar a las mujeres tocar una especie de pequeña arpa. Ellas no saben distinguir las notas, pero poseen buen oído, así es que tocan con una precisión y ritmo admirables. Ayudadas por la forma en que se recortan las uñas, chasquean con mucha fuerza, cortándose en poco tiempo las cuerdas. En un depósito ubicado en el mismo instrumento mantienen las cuerdas finas y tienen gran habilidad para arreglar una cuerda cortada o colocar una nueva [...].

De ese modo no tiene mucha significación el hecho de que la música sea interrumpida y acompañada de un “caramba, se reventó la cuerda”, porque rápidamente la pieza vuelve a seguir el mismo ritmo, como si este breve intermedio tan solo fuese una pausa larga.

Raras veces se las oye cantar y después de haberlo comprobado uno desea que lo hagan más espaciadamente, ya que les suena

muy mal la voz; resulta extraño esto considerando su hermoso lenguaje musical y su gran oído. El error, con probable seguridad, se encuentra —si no en su totalidad al menos en gran parte— en el poco entrenamiento del elemento indispensable para el canto: la voz” (Gosselman 1981).

Mientras espera su transporte, da cuenta de una presentación musical en el poblado de Gaira:

“Por la tarde del segundo día [pentecostal] se preparaba un gran baile indígena en el pueblo. La pista era la calle, limitada por un estrecho círculo de espectadores que rodeaba a la orquesta y los bailarines [...] La orquesta es realmente nativa y consiste en un tipo que toca un clarinete de bambú de unos cuatro pies de largo, semejante a una gaita, con cinco huecos, por donde escapa el sonido; otro que toca un instrumento parecido, provisto de cuatro huecos, para los que solo usa la mano derecha pues en la izquierda tiene una calabaza pequeña llena de piedrecillas, o sea una maraca, con la que marca el ritmo. Este último se señala aún más con un tambor grande hecho en un tronco ahuecado con fuego, encima del cual tiene un cuero estirado, donde el tercer virtuoso golpea con el lado plano de sus dedos.

A los sonidos constantes y monótonos que he descrito se unen los observadores, quienes con sus cantos y palmoteos forman uno de los coros más horribles que se puedan escuchar. En seguida todos se emparejan y comienza el baile. [...] Este era una imitación del fandango español, aunque daba la impresión de asemejarse más a una parodia. Tenía todo lo sensual de él pero sin nada de los hermosos pasos y movimientos de la danza española, que la hacen tan famosa y popular.

Mezclados a las canciones un negro indígena, acompañándose con una pequeña guitarra, recitaba versos. Su uso era frecuente y el sonido bonito, pues la música lleva siempre una armonía, que se complementa con sus voces puras y profundas que tanto tienen de melancolía y tan bien se ajustan al clima de su patria y a la orgullosa grandeza que los cobija. [...] Era una canción sobre la toma de Santa Marta durante la guerra de la Independencia, que declamaba con emoción, teniendo en cuenta que él participó en ella. Los indios de los alrededores de Gaira tuvieron una actuación activa y decisiva. Por ese entonces combatieron al lado de los españoles y aún hoy son considerados la tribu más gallarda y rebelde entre los indígenas civilizados de la República” (Gosselman 1981)

Las descripciones se constituyen en fuente importante de información sobre la vida diaria de la ciudad. Se observa, la composición heterogénea de la población, conformada por las principales clasificaciones raciales coloniales.

Se observa, que la música de origen europeo se practica en la ciudad, mientras el conjunto de gaitas que se describe en Gaira se desarrolla en la parte periférica (si se quiere, rural). Es difícil determinar a qué se refiere exactamente el viajero con indígenas, pero se observa igualmente el elemento transcultural a partir de la presencia simultánea de indígenas y negros en la música.

A lo largo del Magdalena, se describen una variedad de poblaciones, en las cuales Mompox, es el centro. Las demás poblaciones y puntos de descanso varían entre un viaje y otro, pero se resaltan las poblaciones de Plato, Morales, El Banco, Pinto, Barranca Grande, Soledad, entre otros, como los lugares frecuentes. Mompox era el principal puerto sobre el río Magdalena y lugar de encuentro de los bogas. Borrego Pla (1984, 2010) enfatiza constantemente en la disputa por la boga entre Mompox y Cartagena, resaltando por tanto, la trascendencia económica de dicho oficio, la cual, incluía no solo el transporte, sino el abastecimiento que ese sistema representaba y que Mompox estaba en condiciones de cumplir (Borrego 1984, 2010). Otro viajero, Charles Stuart Cochrane dice que:

“Mompox es el lugar de reunión de los bogas, que llegan a ser cerca de 10.000, y no existe una buena ley que los regule o están mal administrados. Son ellos mismos los que determinan términos del viaje y, además, cobran por adelantado desapareciendo frecuentemente con el dinero. En la actualidad se pretende reglamentar este tipo de trabajo y se espera que la gente se beneficie, porque, como era de costumbre en el pasado español, los bogas eran obligados a trabajar con alimentación y bajo jornal para que prestaran servicio obligatorio estatal, separándoles frecuentemente de sus familias. Ahora el viajero debe pagar un precio alto a un capataz honorable, el que a su vez tiene la obligación de contratar a los bogas. Los vapores en el Magdalena tendrán una gran importancia y comodidad, una vez que sean introducidos en el país” (Cochrane 1994: 59).

De esta manera, la navegación por el Magdalena permitió la configuración de un sistema comercial, así como procesos de formación cultural regional. En estos, la población desarrolló estilos de vida producto de la transculturación y la cimarronería, la cual se extendió a periodos correspondientes a la república. Lastimosamente son pocas las fuentes para profundizar en aspectos específicos de la población ribereña del Magdalena, sin embargo, los que se encuentran disponibles, son suficientes para dar pistas sobre aspectos

asociados a la cultura y la cimarronería. De los primeros, de la religiosidad y la música se pueden construir pistas, a partir de los relatos, seguirlas desde donde sea posible con la historia oral y otras fuentes contrastar con lo que se desarrolla en la actualidad, lo cual se intentará en el aparte que se desarrolla más adelante.

Los relatos que describen las experiencias de los viajeros por el río Magdalena, son útiles para ilustrar las prácticas de cimarronería que se configuraron a partir de la resistencia al régimen colonial y que, pasaron a ser parte importantes de las prácticas culturales y estrategias de los individuos que se dedicaron al oficio de la boga. Esta situación, incorpora también una actitud, ya que dicho oficio, así como otros tantos que realizaba esta población era riesgoso, por lo que, religiosidad y música, así como la fiesta y las bebidas alcohólicas constituían una fuente de impulso y construcción de sentido en el mundo, por esto, los bogas generalmente “antes de salir se entonaban siempre Oraciones por uno de los indios o negros y en la última parte de la plegaria se unía toda la tripulación y rezaban en coro” (Hamilton 1994: 25).

Las enfermedades y cansancio que sufrieron los primeros bogas indígenas, más el descontento e inconformidad que implicó el ejercicio de un trabajo forzado para los afrodescendientes, fueron sólo algunos de los hechos que incidieron en las estrategias de fuga a las cuales estos mismos sujetos optaron para liberarse de tal obligación. Sus herederos, si bien eran libres, optaron de igual forma por el oficio y las acciones similares. Esto se evidencia en las constantes quejas de los viajeros, las cuales se expresan de manera reiterativa en sus relatos, los cuales hablan de constantes desacuerdos con los bogas, abandono de su oficio previamente pagado, fingían enfermedades y en ocasiones se negaban a realizar algunas tareas:

“Uno de los bogas decía estar enfermo, pero nosotros nos inclinábamos a creer que exageraba un poco. Él estaba ansioso por obtener un certificado médico que lo justificara para poder regresar a Mompox, lo que no aceptamos; además, le hicimos sabes que si no podía hacer labores pesadas, se podría encargar de cocinar” (Cochrane [1825] 1994: 78).

“...Gracias a la lluvia pasamos una noche terrible. El hombre encargado de sacar el agua se negó a hacerlo así que se mojó todo el lugar” (Cochrane [1825] 1994: 83).

Estas acciones, sugieren que en el proceso de transculturación generado en el bajo Magdalena, la cimarronería se estableció como práctica cultural entre algunos sectores de la población ribereña que se había desarrollado al margen del régimen colonial, pero que sufría sus constantes presiones, a la cual, respondían con evasiones y fugas. Polo (2006) y Márquez (2006), intentando dar respuesta a la pregunta sobre la ausencia de plantación en el Caribe neogranadino, encuentran en la mano de obra una de sus posibles explicaciones. Polo (2006) muestra cifras del ingreso de africanos para ser

utilizados a distintas labores, pero al igual que Márquez (2006) encuentra que las características del territorio habían facilitado los procesos de la fuga y creación de palenques. De esto da cuenta el francés Reclús durante su estancia en Santa Marta, cuando en una travesía a la Sierra observa las propiedades de Joaquín de Mier abandonadas, incluso por unos alemanes que había llevado a Minca a trabajar el azúcar, pero estos habían decidido irse a trabajar por su cuenta en alguno de los lotes baldíos cercanos (Reclús 1994).

Estas poblaciones desarrollaron entonces, una serie de expresiones en la cuna de la libertad cimarrona. Algunos de las descripciones de los viajeros dan cuenta de ella. Por ejemplo, hay varias alusiones a rezos y cantos que los bogas realizaban durante su faena fluvial, pero resulta difícil establecer a qué se referían exactamente, sin embargo, los cantos parecían ser parte del ritmo que le imprimían al ejercicio de la boga, o por lo menos, para pasar el rato. Cochrane dice que los bogas, luego de tomar el aguardiente anisado “Más tarde, la tripulación se metió bajo la cubierta de sus embarcaciones y empezó a cantar. Eran cantos de índole satírica, refiriéndose a sus compañeros y, mientras más satíricos, más aplausos cosechaban” (Cochrane [1825] 1994: 77). En otra escena, la de un champán vecino observa que:

“Al pasar junto a ellos alcanzamos a apreciar las ridículas gesticulaciones que hacían en su laboriosa tarea. Ellos impulsaban la embarcación con unos remos largos extendiendo y recogiendo los brazos hasta la altura del pecho y produciendo una serie de sonidos acompasados” (Cochrane [1825] 1994: 44).

Hamilton, por su parte y en cuanto a los rezos u oraciones dice que “...antes de salir se entonaban siempre Oraciones por uno de los indios o negros y en la última parte de la plegaria se unía toda la tripulación y rezaban en coro (Hamilton 1994: 25). En otra parte de sus descripciones, Hamilton detalla aspectos de la música y la festividad de los habitantes de las orillas del Magdalena asociadas con una de las festividades recurrentes, como es la virgen de la Candelaria:

“Llegamos a Vadillo a las seis de la tarde, día de mucho trabajo. Había una gran muchedumbre de gentes estacionadas a orillas del río mirando el champán: al preguntarles, supimos que al día siguiente, domingo, por ser la fiesta de la Candelaria habría una importante feria. A esta festividad y feria asisten muchos habitantes de la ciudad de Cimití, de la provincia de Cartagena, a seis leguas de distancia de la aldea de Vadillo y al extremo de un lago que se comunica con el río Magdalena. En las cercanías de Cimití, la gente lava la arena en busca de oro en polvo, del cual obtienen considerables cantidades que envían a Mompo para su venta. Por la noche la aldea es extraordinariamente alegre: grupos aquí y allá de hombres y mujeres, con sus vestidos de fiesta, juegan baraja apostando dulces, o bailan. Aquí vimos la danza negra o africana: la música consiste en pequeños tambores, y tres muchachas que

palmorean exactamente al compás, algunas veces rápido, otras lento, se unen al coro mientras que un hombre canta versos improvisados y en apariencia con mucha habilidad. De una canción patriótica recordamos estas palabras:

*Mueran los españoles picarones tiranos;
Vivan los americanos republicanos.*

En una de estas danzas favoritas, las actitudes y movimientos son muy lascivos. Las bailan un hombre y una mujer. Al principio del baile la dama es esquiva y tímida y huye perseguida por el caballero; pero al fin se hacen buenos amigos. Este es un baile más voluptuoso que el fandango de la vieja España. Algunos de los cimitenses bailan especialmente bien. Hacían tanto mudo las danzas hasta las tres o cuatro de la mañana, que difícilmente pudimos pegar los ojos; nos sorprendió ver a varios de nuestros bogas que habían estado impeliendo los champanes al rayo del sol durante trece horas en el mayor jolgorio del baile. En Cimití las mujeres lucían hermosas cadenas de oro con cruces en el cuello y grandes zarcillos en las orejas” (Hamilton 1994: 34-35).

Más adelante, estos elementos, descritos en las notas de algunos viajeros, serán contrastados con las expresiones musicales referidas en los relatos de la historia oral y, a su vez, con las existentes en la actualidad en diferentes poblaciones ubicadas a orillas del Magdalena. Sin embargo, hasta aquí se pueden realizar afirmaciones sobre los procesos de transculturación en el bajo Magdalena, la cual tuvo en la navegación fluvial una de las principales actividades que marcó la dinámica de ocupación y poblamiento del área del bajo Magdalena.

4. PRÁCTICAS MUSICALES EN EL BAJO MAGDALENA

¡Que viva! el Río Magdalena
¡Que viva! su producción
¡Que viva! la agricultura
que siembra el agricultor

Cuando los barcos viajaban
Por el Río Magdalena
Ellos los canalizaban
Con aquellas grandes ruedas

Yo llegué a la orilla del río
A pescar con mi atarraya
Me puse a decir ¡Dios mío!
El río Convertido en playa

Cuando yo canto estos versos
a mí el bello se me eriza
Eso es culpa del gobierno
porque no lo canaliza”

Rescate del Magdalena, (tambora), Casildo Gil⁷.

La composición actual del área que ha sido denominada Bajo Magdalena, reúne una variedad de tensiones en cuanto a qué debe considerarse como tal⁸. El territorio dibujado por los cronistas, funcionarios coloniales y viajeros, dista mucho de lo que ha establecido la dinámica territorial y poblacional de las últimas décadas. Los medios de transporte férreo y terrestre, desplazaron la navegación fluvial y por ende, establecieron nuevos circuitos comerciales, así como el nuevo trazado de la ruta interna del país (Alvear 2005). La navegación por su parte, se restringió a una ruta local, de alcance micro, en parte por los problemas agravados del río y en parte por el alto costo del combustible que necesita el motor fuera de borda. La población parece haberse detenido en una configuración estable, alterada únicamente por la migración de personas del interior del país a causa de la violencia de los años cincuenta.

De igual forma, el mapa actual le debe a los procesos de modernización llevados a cabo por el Estado, terratenientes y al impulso de campañas de paramilitares, guerrillas y bandas criminales a favor del narcotráfico. Estos

⁷ Aparece en la producción Tambora I (s.f.) interpretado por Martina Camargo.

⁸ Generalmente las delimitaciones subregionales tienen estas características. Por ejemplo, al delimitar la Depresión Momposina en torno a municipios de los departamentos del Magdalena, Cesar y Bolívar, generalmente hay quienes afirman la necesidad de extenderse a Sucre, en el área de la Mojana. Algo similar ocurre en los Montes de María o en las sabanas de Sucre y Córdoba, incluyendo sectores del Magdalena y Bolívar respectivamente. La duda, respecto al Bajo Magdalena, radica básicamente en la inclusión del área del Canal del Dique o en considerarse a este como otra zona.

cambios, vinieron de la mano de la transformación de la ruta comercial. El río, junto al mar, dejaron de ser las vías de transporte predilectas y el país giró hacia un intercambio comercial interno en el cual tres centros se disputaron la hegemonía⁹. La región Caribe, dirigió su mirada al interior andino, el cual constituía la nueva oferta de mercado, al mismo tiempo que continuó abasteciéndose del mercado marcado por el cada vez más controlado contrabando.

El panorama musical de la región también ha cambiado. De acuerdo a las descripciones mencionadas y teniendo en cuenta lo poco que la historiografía musical ha descrito, la amplia variedad de formas musicales ha sido relegada a unas cuantas expresiones locales, frente a otras tantas que han sido promovidas en la industria musical. Músicas como el porro, la cumbia y el vallenato, pasaron a ser parte de los repertorios musicales de la región y el país. De manera simultánea, las bandas de viento y los conjuntos musicales vallenatos empezaron a extenderse a lo largo de la región y desplazaron las formas musicales tradicionales, muchas de ellas asociadas a expresiones marginalizadas debido a la herencia de aportes que si bien eran parte indiscutible de la formación cultural, en el marco de las representaciones prevalecía el elemento europeo como símbolo de identificación (Wade 2002).

Estas aclaraciones son indispensables porque a continuación se pretende realizar una descripción multi-temporal de las prácticas musicales del bajo Magdalena, asociada con los bailes cantaos. Este ejercicio se realiza con el fin de ilustrar las continuidades existentes entre los episodios descritos en los relatos de viajeros (1820 - 1835), los de la historia oral (1960- 1980) y lo que se desarrolla actualmente. Para ello es necesario puntualizar sobre los contextos de los momentos señalados, ya que no es lo mismo las representaciones de la música tradicional en los diferentes periodos mencionados.

Como se ha señalado en páginas anteriores, los relatos de los viajeros vienen cargados del prejuicio creado por los valores de la ideología colonial eurocéntrica, cuya estética sonora se medía únicamente en términos de los sonidos de Europa¹⁰. Sin embargo, dichos relatos ofrecen la información necesaria para identificar expresiones culturales y asociarlas a geografías y tiempos específicos. Esos prejuicios y estigmas, como sugieren Fanon (1970) y Hall (1999) serían parte constitutiva del ejercicio del poder cultural colonial, que hizo sentirse otros a los sujetos, hasta el punto de negar aspectos centrales de su identidad. Esto se tradujo en la construcción de una imagen marginal de las músicas asociadas a lo negro (Wade 2002), lo cual se advierte en las denominaciones tales como guacherna y bullerengue¹¹. Esta forma de trabajo de la representación, obedeció a las estrategias de la colonial, ya que ante la falta de control cultural sobre las poblaciones libres, priorizó en elaboraciones peyorativas de sus formas de vida (Carrasquilla 2010).

⁹ Se hace referencia a lo que ha sido denominado el triángulo de oro: Bogotá, Cali y Medellín.

¹⁰ Para un análisis más profundo ver (Quintero 2005, 2009).

¹¹ Para mayores detalles ver (Carrasquilla 2010).

El segundo período mencionado corresponde a la fase de descenso de las músicas tradicionales, a causa de cambios socioeconómicos y procesos de modernización (Carrasquilla 2010). Sin embargo, a finales de los setentas, emergió un proceso de rescate de tradiciones musicales locales, a partir del cual se inició un proceso de resignificación de la música tradicional, en la cual posicionó el elemento negro e indígena, en una narrativa que evidencia una raíz múltiple de la identidad (Carrasquilla 2010), en oposición a la histórica y protagónica herencia blanca - europea (Wade 2002). En la actualidad las prácticas musicales se desarrollan en una dinámica lenta, cuya existencia depende ampliamente de los festivales, en los cuales, se desarrollan presentaciones de las versiones musicales y danzarias de lo que consideran parte de su identidad cultural.

El baile cantao es una de las clasificaciones de la música tradicional del Caribe colombiano, cuya definición se halla en el cuerpo instrumental y estructura musical, interpretado con baile, canto y palmas al compás de instrumentos de percusión, donde se responde en coro al verso de la voz líder. Estos bailes poseen diversas variantes, cada una de ellas con toques distintos, los cuales no establecen un patrón sonoro igual en todos los bailes cantaos de la región costeña, pero constituye un punto de convergencia cultural, dado que en algunas localidades del río Magdalena y del Canal del Dique confluyen estas variantes rítmicas, lo que conforma un elemento de construcción de identidad de las poblaciones del Caribe colombiano en las subregión del Bajo Magdalena y Canal del Dique, lo que se denominó la Antigua Provincia de Cartagena, donde aún persisten las herencia de culturas africanas, indígenas y españolas. Entre ellos encontramos ritmos tales como: bullerengue, chalupa, pajarito, guacherna, chandé, tambora, zambapalo, berroche, lumbalú y el son de negro.

“[...] por el Departamento de Bolívar incluyendo municipios, corregimientos y veredas: Soplaviento, Arenal (San Etanislao), Evitar, San Cristobal, Calamar, Arroyohondo, Barrancanueva, Barrancavieja, El Yucal, Sincerín, Zato, Mahates, El Guamo, Robles, Hatoviejo, San Cayetano, Gambote, Higuieretal, Malagana, Palenque de San Basilio, María la Baja, Arjona, Pasacaballo, Cartagena; por otro lado, las implicaciones folclóricas de las localidades que conforman la Depresión Momposina y el Brazo de Loba, etc. Por el departamento del Atlántico: Campo de la Cruz, Suán, Manatí, Repelón, Luruaco, Villa Rosa, Ponedera, Santo Tomás, Sabanalarga, Palmar de Varela, Santa Lucía, etc. Y por el departamento del Magdalena: El Banco, Ciénaga, Santa Marta, Tenerife, Plato, Concordia, Salamina, Pivijay, Remolino, Sitionuevo, Nueva Venecia, más las poblaciones ubicadas a orillas de las Ciénagas: Cerro de San Antonio, Ciénaga de Zapayán, Ciénaga Grande, etc., y la región del Cesar donde aflora una diversidad de patrones rítmicos que evidencian la presencia del bailes cantao: El Pajarito, tambora, chandé, etc.” (Pérez 2006: 78-79)

En el aparte anterior se han citado descripciones algo extensas de los viajeros, para la ubicación espacio temporal de las expresiones. La que se retoma de Hamilton Potter (1994) ofrece una descripción de una expresión que fácilmente se puede identificar como un baile cantao y, la cual, describe como danza negra. Esta “consiste en pequeños tambores, y tres muchachas que palmorean exactamente al compás, algunas veces rápido, otras lento, se unen al coro mientras que un hombre canta versos improvisados y en apariencia con mucha habilidad” (Hamilton 1994: 35). Asimismo, Cochrane (1994) sostiene que adelante del Piñón:

“Antes de la cena, una melancólico sonido proveniente de una caña y un tambor, atrajo mi atención. Me dirigí al lugar y encontré a un grupo de personas que formaban un círculo al que me admitieron sin prevenciones. El sonido era producido por algunos indios; uno de ellos, de pie, sostenía una caña larga con la que emitía algunos sonidos, sin melodía alguna; mientras tanto otro indio, sentado en el piso, sostenía entre sus piernas un pequeño barril cubierto con una piel de cordero templada, que servía como tambor, en el que producía un ritmo regular utilizando pequeños palitos. La música era simple, pero parecía deleitar a los indios, bailaban de manera grotesca sin ser desagradable, con poco movimiento pero inclinando su cuerpo en varias posiciones fáciles. Para terminar, los bailarines tendieron sus capas sobre mis pies empolvando mis zapatos, para significar que estaba solicitando una donación; al final me retiré a cenar” (Cochrane 1994: 52 - 53).

Estas acciones han sido descritas por diferentes personas cuando se hace alusión a la manera en que se desarrolla una noche de guacherna o un chandé. Para el primer evento, en una entrevista, Hernando Moreno Covilla “Cosaco”, recordó que en su infancia durante una noche de guacherna le tendieron los tambores a los pies, para que él diera el respectivo aporte para la fiesta que apenas iniciaba. Era frecuente que los bailarines realizaran el recorrido haciendo breves paradas para recolectar los insumos de la festividad: tabaco, café y ron. De igual forma, en Tenerife, a orillas del Magdalena, Rita Palacín¹² realiza las mismas descripciones cuando cuenta las actividades de los pajaritos realizados en las madrugadas decembrinas.

Otro registro es el de Joaquín Posada Gutiérrez sobre las fiestas de la candelaria en el libro *Museo de Cuadros de Costumbres. Variedades y viajes* (1973), donde menciona que las familias acomodadas de Cartagena tenían por costumbre celebrar las fiestas de nuestra Señora de la Candelaria cada 2 de febrero, muy reconocida en la Nueva Granada, que a pesar de quedar a 590 pies de elevación era muy concurrida por muchas familias, especialmente en la misa solemne que iniciaba a las 9:00 am y retornaban a la ciudad para regresar al cerro por la noche. Otros se hospedaban por la temporada. Había

¹² Para consultar la entrevista ver (Silva et al 2007).

en aquellas fiestas una sala de baile al igual donde era conocido por todos el baile primero, segundo y tercero, así:

“Baile primero: de señoras, esto es de blancas puras, llamadas blancas de Castilla. Baile segundo: de pardas, en los que se comprendían las mezclas acaneladas de las razas primitivas. Baile tercero: de negros libres pero se entienden que eran los hombres y mujeres de las respectivas clases, que ocupaban cierta posición social relativa, y que podían vestirse bien, lo que concurrían al baile. Terminada la serie, volvía a empezar, y así sucesivamente hasta el día de la virgen, en el que concluían las grandes fiestas” (Posada 1973: 156)

Lo anterior evidencia un ritual al momento de bailar durante las fiestas de la Candelaria, lo cual se encuentra referenciado y basado en la diferencia marcada de clase y raza en la época, mostrando tres sesiones de baile, donde hombres y mujeres de la misma raza bailaban sin mezclarse los unos con los otros, a pesar de realizarse en una misma sala de forma consecuyente desde el primero hasta el tercero. Esta era una de las costumbres en cuanto a la fiesta religiosa, y por tanto se consideraba una ley. Así mismo, blancos y blancas eran los únicos que podían bailar en los tres bailes, los pardos podían estar solamente en su baile y en el de las negras, pero los negros solo podían estar en los suyos. Así mismo:

“Para la gente pobre, libre y esclavos, pardos, negros labradores, carboneros, carreteros pescadores etc. De pie descalzo, no había salón de baile ni ellos habrían podido soportar la circunspección que más o menos rígidas, se guardan en las reuniones de personas de alguna educación, de todos los colores y razas. Ellos prefiriendo la libertad natural de su calse, bailaban a cielo descubierto al son del atronador tambor africano, que se toca, esto es que se golpea, con las manos sobre los parches, hombres y mujeres en gran rueda, pareados pero sueltos, sin darse las manos, dando vueltas alrededor de los tamborileros; las mujeres afloradas la cabeza con profunción, lustroso el pelo a fuerza de cebo, y empapadas en agua de azúcar, acompañaban a su galán, balanceándose en candecencia muy erguidos, mientras el hombre, ya haciendo piruetas, o dando brincos, ya luciendo una destreza en la cabríola, todo al compás, produraba caer en gracia a la melindrosa negrita o zambita, su pareja. Como una docena de mujeres agrupadas junto a los tamborileros los acompañaban en sus redobles, cantando y tocando palmadas, capaces de dejar hinchadas a diez centímetros las manos de cualquiera otra que no fueran ellas. Músicos, quiero decir manotadores del tambor y cantarinos danzantes y bailarinas, cuando se cansaban, eran relevados, sin etiqueta, por otros y por otras; y por rareza la rueda dejaba de dar vueltas, otros tambores dejaban de aturdir toda la noche” (Posada 1973:159-160)

Este baile puede denominarse baile cuatro en las fiestas de la Candelaria, el baile de negros y pardos pero esclavos. Cuyas descripciones apuntan a lo que es un baile cantao, donde la mujer y el hombre forman pareja y bailan alrededor de los tambores al compás de las palmas, no se menciona ni flautas ni gaitas y la rotación de los músicos muestra un espacio de bunde. Es visible la diferencia de los bailes de un negro esclavo a un negro libre acomodado en la época. El autor, menciona su gusto por este baile y rechazo por el baile de los blancos, lo califica como indecente por la acción del hombre al agarrar la cintura de la mujer y ella se ve obligada a poner su cara en el hombro, sabiendo que en cualquier momento al voltear la cara puede rozar la boca del hombre accidentalmente. A diferencia de los bailes de los negros, los indios lo hacían solo con sus gaitas, las parejas se enfrentaban marcando el compás en el piso en silencio.

Así mismo, en los manuscritos del fondo de documentación de Navegación fluvial resultan de gran interés en la medida en que permite rastrear a través de estos documentos los puntos principales de intercambio realizados desde los principales puertos fluviales del Caribe colombiano durante el siglo XIX, donde se mencionan las cargas y pasajeros que arribaban al puerto de Cartagena y aquellos que partían a diferentes poblaciones tales como Calamar, Soplaviento, Zambrano, Buenavista, Mompo, Magangué, Calamar y El Banco, sitios que en la actualidad conforman el conjunto de municipio del departamento de Bolívar exceptuando el último, que pertenece al departamento del Magdalena. La mayor parte de la vez las vapores partían de Cartagena hacia Barranquilla haciendo escala en las poblaciones que se encontraban durante el trayecto hacia esta ciudad. Sin embargo, dentro de estos documentos solo se evidencia comunicación entre las poblaciones de Bolívar y con el interior del país a través del río Magdalena, notándose escasamente poblaciones del departamento del Atlántico y Magdalena con puertos fluviales. Por esta razón, con el objetivo de conocer más sobre este aspecto se seleccionó el municipio de Zambrano, Calamar, El Banco y Plato Magdalena, municipios en los cuales se realizó un poco de historia oral con técnicas metodológicas como la entrevista.

De este modo, se identificó las principales expresiones musicales en el municipio de Plato Magdalena que aunque no fue uno de los principales puertos del Caribe colombiano, estuvo en permanente comunicación por esta vía con Mompo y Zambrano, Bolívar, especialmente con este último, donde las chalupas era el único medio de transporte para los pasajeros que se dirigían hacia Barranquilla, los cuales debían llegar hasta este municipio para tomar el barco a vapor. Lo que muestra un permanente intercambio entre estas poblaciones y otras más cercanas como Tenerife y las poblaciones de los Montes de María como El Carmen de Bolívar y San Jacinto. En este sentido, en una entrevista con el director del Grupo Musical Tacumbé Pedro Caraballo intérpretes del son de pajarito o pajarito y el zambapalo, bailes que fueron heredados de ese intercambio producido por la navegación fluvial con el municipio de Tenerife, como bien lo menciona:

“Aquí en el municipio de Plato lo más tradicional es el pajarito y hay una variante como es el zambapalo en esta región, que proviene del municipio de Tenerife porque nosotros somos fundados por tenerifanos y por personas que vinieron de la isla de Mompox, entonces de allí nuestra tradición ribereña del baile cantao y básicamente el pajarito que se daba en épocas de pascua era que se realizaban los pajaritos aquí. Eso es una tradición que se da por familia, los cantadores y las cantadoras desafortunadamente en Plato han muerto mucho y prácticamente estaba extinta esa tradición. Nuestra tarea a través de la Fundación fue esa, la de desempolvar y de despertar de nuevo la tradición” (Entrevista Pedro Caraballo)

El son de pajarito o pajarito como se le conoce entre los intérpretes de este género, es uno de los bailes cantaos de la costa Caribe colombiana caracterizado por su conjunto instrumental de percusión que varía, al igual que el patrón rítmico, según la población y el grupo musical que lo posea como una práctica cultural de tradición. De esta manera se logran establecer diferencias y similitudes en relación a los demás municipios, tanto en la coreografía, como en las composiciones. En el caso de Plato se presentan variantes rítmicas en el pajarito en las poblaciones cercanas, a pesar de que cada una de ellas ha sido producto de un proceso de transculturación que generó una serie de aportes en cada región y hace de esa expresión única en cada lugar. Sin embargo, estas variantes rítmicas en el pajarito suelen definir bailes cantaos diferentes en otras poblaciones, así que lo que es interpretado como zambapalo en Plato, en poblaciones del departamento del Atlántico obedece a un son de negro, como también lo que se interpreta como pajarito en Plato en el municipio de Santa Bárbara de Pinto Magdalena es conocido como Chandé. De esta forma van cambiando un poco las entonaciones en la forma de interpretarlo y por ende la forma de danzarlo.

“Aquí hay un municipio hermano que también tiene expresión de baile cantao y de pajarito, pero a pesar de que somos muy cercanos cada municipio tiene una particularidad muy específica dentro del baile cantao, si vamos a ver el pajarito, el pajarito que vamos a encontrar cerca a las ciénagas de Zarate, vamos a ver que hay mucha diferencia a la de un municipio a la de un corregimiento y eso se debe al intercambio que lo produjo el río, ese devenir constante fue producto del río, entonces cada región le aporta algo muy específico, muy característico a la expresión del baile cantao. Entonces vamos a encontrar pajaritos en todas las formas, en todas las versiones, uno que se brinca más, cuando nos acercamos más al Canal del Dique por la presencia del negro y vamos a encontrar uno que es más paseado hacia el interior del río porque vamos a encontrar más comunidades indígenas. Entre

más nos alejamos de las comunidades negras vamos a encontrar aportes de instrumentos como la tambora, que en el canal del Dique o cerca a los asentamientos afros vamos a encontrar simplemente tambores, sea llamador o sea alegre, palmas y los coros, que eso es lo básico del baile cantao. Y en el municipio de plato vamos a encontrar lo que es la guacharaca, que es una caña de corozo que se corta transversalmente 'para interpretar el aire. Y se dice que el nombre de pajarito puede provenir de ese instrumento, porque la guacharaca en el río es un animal, es un ave." (Entrevista Pedro Caraballo 2012)

Al igual que en Plato, en Zambrano Bolívar se evidencia el mismo fenómeno en entrevista con Edilberto Vergara Terán director del Grupo de Danza del Pajarito, quién menciona la diferencia rítmica existente en los municipios del Norte y Sur de Bolívar en lo relacionado con el Bullerengue, un baile cantao de descendencia negra entrecruzado con otras etnias, indígenas e hispánicas, razón por la cual esta expresión musical posee un acento rítmico negro y otro interétnico, que está determinado según el lugar y la cultura que lo ejecute como práctica cultural (Muñoz 2003). De esta manera, puede evidenciarse en la comparación realizada por Edilberto Vergara respecto al Bullerengue hace alusión la descendencia de los pobladores de cada lugar. Por un lado, los municipios que se ubican a la orilla del Río Magdalena en esta subregión cercana a los Montes de María provienen de los indígenas, los cuales habitaban también el Sur de Bolívar. Mientras que en el Norte de este departamento predominaba los grupos negros, que al interpretar el bullerengue solo al golpear la tambora arriba, lo que se conoce entre los tamboreros de música tradicional como *baqueteo*, a diferencia de los grupos musicales del Sur y de las poblaciones ribereñas, ejecutan la tambora con el golpe en el parche de la misma. Así como bien lo diferencia al afirmar que:

“el departamento de bolívar esta dividió en tres partes, fijese que nosotros estamos aquí en Zambrano y esto pertenece aunque está a la orilla del río magdalena, nosotros pertenecemos a los Montes de María, El Carmen, San Jacinto, San Juan, Ovejas también que a pesar de ser Sucre. Todos estos pueblos tienen una Tradición folclórica por herencia, la cumbia, los bailes de ruedas de gaitas te estoy hablando del centro del departamento de Bolívar. El sur de Bolívar, ya hablamos de Magangué para arriba, San Martín, Morales, Pinillo, Altos del Rosario ellos tienen un aire musical definido y son las tamboras, los chande y tienen un bullerengue sentao, un bullerengue que es muy distinto al norte de Bolívar, en el norte ya hay otras formas de expresar el bullerengue muy distinto, el acompañamiento rítmico musical del norte de Bolívar, es muy distinto al de nosotros, en el ritmo de interpretación, porque en el bullerengue orillero, el de nosotros, el bullerengue riano se golpea el parche de la tambora que utilizamos se golpea el parche, pero lo que es María La Baja, San Cayetano, San Basilio de Palenque no golpean el parche, sino que solamente hacen un baqueteo por encima de la tambora, utilizan

los palitos y el parche no lo utilizan. Entonces ya eso marca una diferencia en la parte rítmico musical” (Entrevista Edilberto Vergara Terán 2012)

Tanto en el municipio de Plato y Zambrano Bolívar, estos ritmos musicales son interpretados por núcleos familiares que llegaron a estos lugares producto de la navegación fluvial en barcos de vapor. Así pues los puertos más importantes sobre el río Magdalena en esta área, eran Tenerife y Mompox. Puntos estratégicos donde se daba el intercambio comercial y por ende el intercambio cultural. Así como también, las familias intérpretes de estos ritmos musicales, procedentes del departamento de Bolívar y parte de Sucre, familia de pescadores por ser Plato, un municipio donde la actividad económica predominante es la agricultura, la pesca y la ganadería. El pajarito tenía lugar en un barrio cercano a la orilla del río llamado *Culebra*.

Uno de los principales espacios de uso de estas prácticas musicales era en las fiestas de sembrina, como bien se dice a continuación:

“Entonces aquí había unas cantadoras muy populares que le llamaban Las Lenguitas, esas señoras eran cantadoras por excelencia, ellas eran las que estaban en todos los pajaritos que se daban en el municipio de Plato, porque la tradición aquí básicamente es que el 24 de diciembre, se llevaban a la iglesia los pajaritos a cantarle al Niño Dios y luego duraba toda la pascua, cuando ya llegaban los carnavales, ya se dejaban los pajaritos y se comenzaba con los bailes negros, porque aquí la tradición de aquí es el pajarito y los sones de negro, al igual que vamos a encontrar en otras partes ribereñas, entonces esas familias eran las que iban dejando ese legado a cada uno de sus miembros.” (Entrevista Pedro Caraballo 2012)

Al igual que en Plato, en Zambrano, la familia Vergara en el sector del Barrio Arriba es un núcleo que preserva la tradición del pajarito, en su mayoría músicos, artistas y cuenteros, aunque el primer integrante de esta familia llegó al municipio desde Ovejas Sucre, con el conocimiento de la interpretación de la flauta de millo. De esta manera, la familia Vergara ha desarrollado su práctica musical con la interpretación del Bullerengue, aunque con más tendencia al pajarito. Lo que ha sido apropiado por los habitantes del municipio, como expresiones autóctonas, característica de las poblaciones ribereñas, principalmente ritmos como la tambora, chande, pajarito, bullerengue, bullerengue, aunque cada uno de ellos con sus particularidades. Cabe resaltar que el proceso de transculturación de este baile cantao como lo es el pajarito, es generado por la llegada de una cantadora del Banco Magdalena, como se evidencia:

“El pajarito tuvo mucha fuerza en los años 50 porque aquí habían unos señores y unas señoras que eran amantes de esa música, una de las expresiones bastante autóctonas. El pajarito se da mas que todo en tiempo de navidad, el ocho de diciembre aquí vivía una señora de nombre María Quintina Quintero ella era de los

Negritos, un pueblo cerca al Banco Magdalena. Entonces con la navegación ella llegó hasta acá, Zambrano era un pueblo de mucha pujanza en ese tiempo y aquí llegaron muchas personas que con sus trabajos aquí venían canoas llenas de productos, tinajas, lebrillos, bateas de madera y todas esas cosas. Mucho antes de llegar la señora Quintina, ya mi papá era músico, mi papá tocaba porque mi abuelo era millero, mi abuelo tocaba pito atravesado entonces se le hizo muy fácil acompañar los cantos de la señora Quintina y también con ella llegaron otros, de pronto en este momento la recuerdo a ella, porque en el año 60 andaba con mi papá, no lo recogí de libros ni nada, yo viví esa época”. (Entrevista Edilberto Vergara 2012)

María Quintina Quintero es un personaje importante para comprender el intercambio cultural entre ambos municipios, dado que esta cantadora residió primero en el municipio de Zambrano y luego en Plato, ejecutando la práctica musical del pajarito. Sin embargo, lo hizo adaptándose a las particularidades de cada ritmo e interpretando en los espacios de uso como la época decembrina. De este modo, se produce un intercambio de expresiones musicales entre el municipio del Banco, Zambrano y Plato:

“Entonces no solo con ello llegó los productos sino también vinieron las tradiciones folclóricas, ella era cantadora, y yo estaba muy pequeño, estaba pequeño pero si recuerdo pero si recuerdo porque mi papá tocaba tambor y andaba con ella y por ahí en el año 60 yo salía detrás de ellos, el ocho de diciembre con la fiesta de la virgen de la concepción era común ver una muñeca grande a la que se le llama la gigantona, una muñeca grande hecha de papel, de bejuco de todo eso, y esa muñeca se paseaba por todas las calles de la población, era común también ver los adornos de pascua, de navidad, las calles adornadas y los cantos de pajarito.” (Entrevista Edilberto Vergara 2012)

No obstante, con el pasar del tiempo estos espacios de uso donde tenía lugar el son de pajarito fue transformándose en estas poblaciones debido en gran parte a que la introducción de los barcos de vapor estuvo rodeada de disputas por el monopolio de los privilegios y la difícil navegación de las aguas del Magdalena. Además, Juan Bernardo Elbers se enfrentó a los obstáculos del río y su desembocadura y ante los falsos intentos de navegación caducó el contrato y tuvo que cerrar su empresa. La construcción de la carretera que comunica a las poblaciones ribereñas con el interior del país y en este caso el puente que comunica al municipio de Plato con Zambrano trajo consigo, una disminución de los bailes cantaos, especialmente de pajarito. Además de la confluencia de otros ritmos y de la incursión de las nuevas tecnologías en la música provenientes de otros lugares del Caribe colombiano, ocasionó que sus pobladores dejaran de interactuar en su vida cotidiana con las prácticas musicales tales como el pajarito, así como se evidencia a continuación:

“pero luego aquí llegaron desde el departamento de Bolívar llegaron los gaiteros un señor que era apellido Galindo, Gregorio Galindo, cuando él llegó con las gaitas del departamento de Bolívar los pajaritos fueron decayendo, porque ya no se hacían los pajaritos, las ruedas de pajarito aquí en el municipio de Plato, sino que las gaitas eran las que daban la parada, entonces se fue relegando un poco la tradición del baile cantao y sobre todo de la tradición de pascua, la tradición religiosa y indudablemente creo que fue un factor también que acabó con este tipo de expresiones que fue los pick ups, que vinieron a todas estas poblaciones ribereñas y también hicieron un gran desastre podríamos decirle así a nivel cultural, porque fueron los que dieron un impacto y fueron los que partieron en dos esta tradición ribereña de los bailes cantaos.” (Entrevista Pedro Caraballo 2012)

Este suceso da cabida al surgimiento de la configuración de las prácticas musicales en esta región, en especial de los bailes cantaos que conllevan a la apropiación de unas nuevas tendencias en las producciones musicales que articulan en su producción elementos tradicionales fusionados con estilos modernos, a partir de los cuales comenzaron a construir el imaginario de una identidad cultural basada en la tradición, pero la mayor parte se presenta en los festivales de música, el principal espacio para su escenificación en la actualidad (Carrasquilla, 2010). De este modo, tanto en Zambrano con el grupo de la familia Vergara y en el municipio de Plato con el grupo musical Tacumbé se vislumbra la búsqueda de afianzar lo tradicional y conservador de estas prácticas musicales con nuevas adaptaciones, en donde lo tradicional empieza a percibirse como pérdida o desaparición del pasado, producto del surgimiento de comportamientos y conductas recientes que tienen lugar con la disminución de la navegación fluvial y la construcción de la carretera que permite el flujo de otras expresiones musicales, lo que conlleva a una constante dinámica de cambio. Por esta razón, estos grupos musicales ven la necesidad de conservar una tradición realizando modificaciones en la parte instrumental para “asegurar la estabilidad del grupo y la identidad del municipio.

“De pronto en este momento con la música grabada, la tecnología, las máquinas musicales estos bailes populares tienen la tendencia a desaparecer. Entonces nos corresponde a nosotros como personas tradicionalistas, primero porque nos levantamos en una época donde el fluido eléctrico no existía por aquí y segundo porque descendemos de una familia folclórica, mi abuelo por ejemplo era tocador de pito atravesado él era oriundo de flor del monte en ovejas y llegó muy joven aquí” (Entrevista Edilberto Vergara Terán 2012).

La familia Vergara en la actualidad adelanta una iniciativa con el fin de mantener la tradición de las prácticas musicales del baile cantao, lo que consiste en la introducción de otros instrumentos de percusión que configuran la estructura instrumental base; un tambor macho, una guacharaca de lata y la voz guía. En el presente el pajarito en el municipio de Zambrano es interpretado con una tambora, dos tambores macho y hembra y maracas, tomando como referente instrumentos característicos de la música de gaita, en aras de afianzar los brillos y hacer que esta expresión musical vuelva a ser parte de las dinámicas sociales y culturales de lugar, con nuevas sonoridades para así llegar a los más jóvenes de la población, que se recrean en otros ritmos musicales extranjeros.

“Entonces para nosotros que somos tradicionalistas cada día se nos hace más difícil enseñar las tradiciones folclóricas que el joven asimila con más facilidad un reggaetón que una tambora, que hasta la misma cumbia que es uno de los aires más fáciles de interpretar nosotros, de ejecutar, entonces yo pienso que aquí quienes trabajan dentro del folclor tienen que prevalecer primero lo autóctono. Primero lo nuestro, segundo lo nuestro y tercero lo nuestro.” (Entrevista Edilberto Vergara Terán 2012)

Los cambios en los espacios de uso y la configuración de la parte instrumental de los grupos musicales, han sido producto de las influencias externas del ámbito nacional y regional, relacionado con las mediaciones de la industria musical y las políticas culturales. Desde este punto de vista, la tradición se convierte en el objeto de preservación por ser una herencia que les fue transmitida de generación en generación al interior del núcleo familiar. Estos cambios producidos en los bailes cantaos se asocian la mayoría de las veces a la desaparición de algo que constituye un bien común, que al mismo tiempo conlleva a la toma de conciencia del valor que posee. Es justamente en la actualidad donde se produce un cambio en la percepción de la estética musical y la concepción de lo tradicional, frente a esa consideración de que es una música poco atractiva para los oyentes, desconocida y no comercial, lo que motiva a la implementación de instrumentos de percusión diferentes al conjunto de instrumentos con los que tradicionalmente se interpretaban las canciones de pajarito, aunque impidiendo una alteración de la tradición, conservando el mismo patrón sonoro. Por otra parte, el sistema de clasificación regional y las versiones sobre los orígenes de las músicas locales son representaciones que se encuentran mediadas por procesos de construcción de identidad, así como estrategias de la memoria, para incluir y otorgar un rol a las diferentes poblaciones que históricamente fueron excluidas del protagonismo histórico difundido en versiones oficiales (Bernal 2011).

5. EL RÍO MAGDALENA Y LA FORMACIÓN DE UNA SOCIEDAD

El río Magdalena, vía fluvial, río importante y fuente de inspiración de músicos, poetas, artistas, y contadores de mitos y leyendas, se constituyó en una de las vías más importantes del país. Su ubicación generó a partir del transporte una dinámica social y cultural inspirada generalmente por la actividad comercial, pero que, por las condiciones señaladas, se tradujo en procesos que dieron lugar a la formación social y cultural de una región. Pero el río, dependía también del tráfico marítimo, de manera que ambos, mar Caribe y río Magdalena, se habían convertido en vías de conexión con el mundo, o por lo menos con Europa y el mundo Atlántico. Ambas vías y fuentes de la diversidad, desempeñaron un papel importante en los procesos históricos de conformación de la región y el país, los cuales pueden dar luces, para su comprensión y desarrollo.

En dichos procesos, el colonialismo fue un aspecto clave que determinó ampliamente su desarrollo. Estableció unas condiciones relacionadas con el control territorial y cultural de la población, para lo cual, resultó fundamental el río, como vía y como fuente de recursos. Ello también implicó, un sistema complejo, heterogéneo y contradictorio, que si bien impartió una serie de directrices, la operación práctica de las personas que actuaron en nombre de la corona terminó por establecer unas condiciones particulares sin control. De igual forma, la reacción de las poblaciones sometidas, indígenas y afrodescendientes, se manifestaron como estrategias de resistencia diversas, algunas de oposición, como la fuga y creación de palenques y otras de adaptación. Esto, marcó ampliamente las formas de la vida colonial, caracterizada por constantes tensiones entre directrices de la corona, acciones de sus funcionarios y estrategias de oposición y adaptación cultural que llevaron a la conformación de las sociedades del bajo Magdalena.

Del proceso mencionado, este trabajo ha resaltado el papel de la resistencia, llevada a cabo en este caso a partir de la práctica cultural de la cimarronería, la cual, marcó los procesos de formación cultural, y permitió la permanencia y desarrollo de expresiones culturales de múltiples orígenes a partir de las cuales se dieron los procesos de transculturación. Sin embargo, el producto de dicha interacción, permeado por el constante señalamiento peyorativo del poder del sistema colonial eurocéntrico y por la dinámica regional y global, más la ola modernizadora que llegó de la mano de las innovaciones tecnológicas, impulsaron grandes transformaciones en las formas de vida de las poblaciones ribereñas. Esto desplazó rápidamente algunas costumbres elaboradas a largo plazo, introduciendo elementos exógenos, que produjeron cambios notables en la vida cotidiana.

CONCLUSIONES

Los inicios de la navegación por el río Magdalena se realizaba con canoas de los indios, bongos y champanes. Las descripciones de los cronistas y viajeros eran un tanto despectivas sobre las bogas connotados como hombres indígenas de bajo nivel, con los cuales los viajeros no soportaban un trayecto de tres meses al lado de ellos. Las descripciones apuntaban a que la labor de los bogas era extenuante con una jornada de 17 horas condenados a trabajar desnudos, y tenían que acobijarse con la arena para escapar de los mosquitos. Estos eran los denominados hombres de río, que huían de su dura vida en orgías alcohólicas, que al día siguiente durante la navegación caían en grupos al agua al impulsar las embarcaciones.

Los viajeros tenían tan mala impresión de los bogas por las blasfemias, ruidos espantosos a la hora de comer, su aspecto personal catalogados como diablos encarnados. Así pues, el viaje río arriba tenía como primer destino Tenerife, población que fue destruida por los colonizadores, que para los viajeros como John Stewart se encontraba aún en ruinas. Luego el viaje hacía escala en Mompox centro de comercio del Bajo Magdalena y era el hogar de los bogas del Magdalena. Después de transitar varias semanas se arribaba a honda, según las anotaciones de los viajeros. El viaje en champan era tan desagradable e incómodo, no solo por los bogas sino por el intenso calor y picadura de los mosquitos de todos los tamaños y clases.

Es así como el mejoramiento los españoles se vieron en la necesidad de mejorar el sistema de transporte de mercancías, desplazando de esta forma produjo el champán manejado por los bogas. En la tercera década del siglo XIX inicia la navegación a vapor por el río Magdalena, lo que se convierte en una esperanza para los viajeros y comerciantes de un transporte cómodo y rápido. Sin embargo la introducción de los barcos a vapor estuvo rodeada de disputas por el monopolio de los privilegios y la difícil navegación de las aguas del Magdalena. De esta manera, Juan Bernardo Elbers obtuvo dicho monopolio de los barcos a vapor durante 20 años, en los cuales debía poner los barcos que fueran necesarios y abrir un canal a Cartagena, con el fin de mejorar los canales que iban hacia el río y que comunicara con Santa Marta y la construcción de una carretera que comunicara al río con Bogotá.

En este sentido las dificultades presentes en los sistemas de transportes y comunicación incidió en el aislamiento de los centros urbanos, debido a los problemas para navegar por la principal vía de Colombia como lo es el río Magdalena, entre esos factores ambientales como la sequía y la fallida conexión con los ferrocarriles a finales del siglo XIX, por lo cortos tramos del ferrocarril no solucionaron el problema de los bancos de arena. De esta manera el transporte fluvial implementado por los españoles e en el Nuevo Reino de Granada y, en especial, en las principales ciudades del litoral Atlántico, como lo

eran Cartagena y Santa Marta deja una gran huella en lo que hoy se conoce como el Caribe colombiano y específicamente en la región del Bajo Magdalena. Obras como la construcción del Canal del Dique intentaron comunicar al puerto de Cartagena con el río Magdalena con el fin de intercambiar productos con las provincias y principales puertos fluviales de esta región.

Este primer proceso de instauración del circuito comercial, produjo el intercambio cultural entre las poblaciones del Bajo Magdalena, donde la música los bailes cantaos como el Bullerengue, Pajarito, Chandé, Lumbalú, Tambora entre otros, hoy son el legado de migraciones internas de músicos y cantadores que transitaban en los barcos a vapor y al llegar a una población conformaban grupos musicales interpretando estos ritmos musicales, estableciendo un patrón sonoro único del lugar, el cual está determinado por las descendencias indígenas y africanas. De esta manera, el proceso de transculturación podemos considerarlo como un proceso permanente y latente en el Caribe colombiano, razón por la que puede afirmarse que existen tres momentos de la transculturación con relación a la presencia de los bailes cantaos.

Un primer momento que está determinado por la conquista española, lo que da lugar al origen de la mestizaje, zambaje y mulataje, con la confluencia de la raza blanca, negra e indígena, las cuales confluyeron en un mismo espacio producto de la trata de esclavos en su mayoría de raza negra, que predominaron en el Bajo Magdalena, trayendo con ella sus costumbre y que fueron intercambiadas en las estancias y cabildos, con los blancos e indios. Es por eso que uno de los aspectos culturales más comunes de esta región son los bailes cantaos, así como bien se pudo analizar en las descripciones de los fiestas de la Candelaria, donde la estructura musical de la música y danza de los negros obedece a la estructura actual de un baile cantao. Un segundo momento de transculturación, donde en las poblaciones del bajo Magdalena estas expresiones musicales eran propias y heredadas del primer momento, la migración de personas a través de la navegación fluvial entre las diferentes poblaciones de la región trajo consigo el intercambio comercial y cultural de las practicas musicales de un lugar y lograron adaptar y crear unas expresiones propias, dando paso así a una vairante rítmica con un patrón sonoro particular conservando la estructura rítmica del baile cantao ya fuera, pajarito, bullerengue, chande, tambora entre otros. Y el tercer momento de transculturación obedece al intercambio cultural y a la apropiación de nuevas tendencias musicales que desplazó a los bailes tradicionales y sus espacios de uso.

BIBLIOGRAFÍA

Abadía Morales, Guillermo. 1985. Compendio general del folclore. Folclor Colombiano. Bogotá, Talleres Gráficos Banco Popular.

_____ 1991. Instrumentos Musicales, Folclor Colombiano. Bogotá, Talleres Gráficos Banco Popular.

Angulo Bossa, Álvaro. 2007. Historia del folclor musical en la provincia de Cartagena de Indias. Cartagena: Editorial Alpha Impresores Ltda.

Acevedo, Eduardo. 1981. *El Río Grande de La Magdalena. Apuntes sobre su historia, su geografía y sus problemas*. Banco de la Republica. Biblioteca Luis Ángel Arango. Bogotá.

Arbouin, Leslie O. 2005. Seiscientas millas subiendo el río Magdalena: relato de mi viaje de Cartagena a Honda en busca de trabajo y mi regreso a Cartagena". En: Boletín cultural y bibliográfico.

Acosta, Julio. 1945. Reseña histórica de la navegación por el Río Magdalena: o Manual del navegante. Barranquilla: Empresa Litográfica.

Alvear Sanín, José. 2005. *Manual del río Magdalena*. Bogotá: Cormagdalena.

Aguilera Díaz, María M. 2006. "El canal del dique y su subregión: una economía basada en la riqueza hídrica". Documentos de trabajo sobre economía regional. # 72. Cartagena: Banco de la República.

_____ 2005. "El puerto y el río como ejes articuladores de la economía de Magangué". En: María M. Aguilera Díaz (Ed). Economías locales en el Caribe colombiano: siete estudios de caso. Bogotá: Banco de la República.

Aguilera Díaz, María Modesta. 2006. Subregiones productivas del Caribe colombiano. Cartagena: Banco de la República.

_____ 2002. "Magangué: puerto fluvial bolivarense". Documentos de trabajo sobre economía regional. # 24. Cartagena: Banco de la República.

Alvarado, Manuel. 2008. Río Magdalena: Navegación marítima y fluvial (1986 - 2008). Barranquilla: Universidad del Norte.

Arias Silva, David. 2010. El río Magdalena como eje de modernización: Magangué, Calamar y El Banco. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Arrieta, Armando y Hernández, Ruth. 2007. Los inicios de Barranquilla: poblamiento en el bajo Magdalena, siglos XVI al XVIII. Barranquilla: Ediciones Uninorte.

Archila Neira, Mauricio. 1987. Barranquilla y el río: una historia social de sus trabajadores. Bogotá: Centro de Investigación y Educación Popular CINEP.

Asociación Nacional de Navieros. 1990. "Mejoras a la navegación y los puertos del río Magdalena". Bogotá: Asociación Nacional de Navieros.

Ayala Poveda, Fernando. 2004. Se va el caimán: mitos y leyendas del río Magdalena. Bogotá: Thalassa Editores.

Badel, Dimas. 1999. Diccionario histórico-geográfico de Bolívar. Cartagena: Gobernación de Bolívar, Instituto Internacional de Estudios del Caribe. Carlos Valencia Editores.

Bassi Arévalo, Ernesto. 2007. La Región y sus orígenes. Barranquilla: Parque Cultural del Caribe.

Barras Aragón, Francisco de las. 1931. Documentos referentes al canal de navegación construido en 1650 entre Cartagena de Indias y el río de la Magdalena. Madrid: Imprenta de Ramona Velazco viuda de Pérez.

Bernal Polo, Luz Mery. 2011. "*Soy Salaminero a los Cuatro vientos*". Identidad y las Disputas por la autenticidad del Son de Pajarito en Salamina, Magdalena. Monografía de grado, Programa de Antropología. Universidad del Magdalena.

Bejarano, Jesús Antonio. 1977. El siglo XIX en Colombia visto por historiadores norteamericanos. Bogotá. Editorial La Carreta.

Bell Lemus, Gustavo. 1989. El Canal del Dique 1810-1840: El viacrucis de Cartagena. Boletín Cultural y Bibliográfico, Número 21, Volumen XXVI. Bogotá: Banco de la República.

Benítez, Edgard. 2003. "Bullerengue en Maríalabaja, un canto afrotradicional". Trabajo de grado, Departamento de Antropología. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá.

Benítez, Edgard H. 2000. "Huellas de africanía en el bullerengue: la música como resistencia". Actas del III Congreso Latinoamericano IASPM.

Bermúdez, Egberto. 1987. Música tradicional y popular colombiana. Bogotá: Procultura.

Berger Konsortium, Julius. 1971. Memoria detallada de los estudios del río Magdalena, obras proyectadas para su arreglo y resumen del presupuesto. Bogotá:

Bolívar (Colombia). Inspección de la Navegación Fluvial. Estadística de la navegación fluvial: informe del Inspector del ramo en 1883. Bogotá: La Inspección,

Borda, J.J. (1867). Seis horas en champán, en Cuadros de costumbres, Bogotá. 867. págs. 284-288.

Borrego Pla, María del Carmen. 2010. Cartagena de Indias: la andadura de una vida bajo la colonia. Bogotá: Ancora Editores.

Borrego Plá, María del Carmen. 1973. Palenques de negros en Cartagena de Indias a fines del siglo XVII. Sevilla: Escuela de Estudios Hispanoamericanos.

Borrego Pla, María del Carmen. 1984. "Mompox y el control de la Boga en el Magdalena". Temas Americanistas, # 4. Pp. 1-9.

Camacho, Martín. [1596] 1980. "La boga de los indios". En: Noguera Mendoza, Aníbal. 1980. *Crónica grande del Río de la Magdalena: recopilación, notas y advertencias*. Tomo I. Bogotá: Sol y Luna; Banco Cafetero. Pp. 67 – 75.

Carbó, Guillermo. 2003. Musique et danse traditionnelles en Colombie: La Tambora, Paris: L'Harmattan.

Carbó, Guillermo. 2001. "Tambora y Festival: Influencias del festival regional en las prácticas de la música tradicional". En: Huellas, Revista de la Universidad del Norte, # 58 y 59. Barranquilla. Págs. 2 – 14.

Carbó, Guillermo. 1993. "Al ritmo de... tambora tambora", en Revista Huellas, Barranquilla: Universidad del Norte, N° 39.

Castro-Gómez, Santiago. 2005. La Hybris del punto cero. Ciencia, raza e ilustración en la Nueva Granada, (1750-1816). Bogotá: Editorial Universidad Javeriana.

Castrillo Ardila, Manuel. 1981. Canal del Dique: una sub-región geográfica en la llanura atlántica. Barranquilla: Editorial Grafitalia.

Cané, Miguel. 1979. "Por el Magdalena a bordo del vapor Antioquia". En: Las Maravillas de Colombia . Enrique Congrains Martín (ed). Tomo III. Bogotá: Forja.

Carrasquilla, Deibys. 2010. *Un tambor me hizo despertar*. La identidad y sus representaciones en los procesos de rescate de las prácticas musicales de Tamalameque y Ovejas". Tesis de la Maestría en Estudios del Caribe, Universidad Nacional de Colombia, Sede Caribe.

Carpentier, Alejo. 1957. *El camino de Santiago*. Buenos Aires.

Castaño Uribe, Carlos. 2003. *El Río Grande La Magdalena*. Banco de Occidente. Cali.

Cochrane, Charles Stuart. 1994. *Viajes por Colombia 1823 y 1824: diario de mi residencia en Colombia*. Bogotá: Banco de la República.

Colombia. Departamento Nacional de Planeación. 1977. *Perspectivas de navegación en el Canal del Dique y en el río Magdalena*. Bogotá: Departamento Nacional de Planeación.

Colombia. Ministerio de Transporte. Dirección General de Transporte Fluvial. 1994. *Mapa fluvial del río Magdalena: planta - perfil sector Bocas de Ceniza - Canal del dique - Puerto Salgar*. Santa Fe de Bogotá: Ministerio de Transporte.

Colombia. 1952. *Canal del Dique*. Bogotá: [Imprenta del Ministerio de Educación].

Colombia. Ministerio de Transporte. 1994. Dirección General de Transporte Fluvial. *Mapa fluvial del río Magdalena*. Bogotá, D.C: Ministerio de Transporte. Unimag.

Cormagdalena, Corporación Autónoma Regional del Río Grande de la Magdalena. 2002. *Estudio de demanda y plan para la recuperación del transporte fluvial en el río Magdalena. Plan Ejecutivo*. Barrancabermeja: Cormagdalena.

Corporación Autónoma Regional de los Valles del Magdalena y del Sinú. 1964. *La pesca en el canal del Dique y del Sinú*. Barranquilla: Corporación Autónoma de los Valles del Magdalena y del Sinú.

Conde Calderón, Jorge. 1990. "La industria en Barranquilla durante el siglo XIX". En: *Boletín Cultural y Bibliográfico*, Número 26, Volumen XXVII. Bogotá: Banco de la República. Publicado en Internet: <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/publicacionesbanrep/boletin/boleti5/bol26/industr1.htm>

Córdoba, Alberto y Manuel Lucena. 1988. "El canal del Dique en Cartagena de Indias" (1533 - 1810)". En: *Actas del Seminario Antiguas Obras Hidráulicas en América*. México: Ministerio de Obras Públicas y Transporte; Centro de estudios de experimentación de obras públicas; Centro de estudios históricos de obras públicas y urbanismo. Pp. 493 – 502.

Dávila Ladrón de Guevara, Carlos. (Compilador). 2003. *Empresas y empresarios de la historia de Colombia. Siglos XIX y XX*. Bogotá, Norma, UniAndes.

De Santa Gertrudis, Juan. Juan de Santa Gertrudis. [1756] 1980. "Las maravillas de la naturaleza". En: Noguera Mendoza, Aníbal. 1980. *Crónica grande del Río de la Magdalena: recopilación, notas y advertencias*. Tomo I. Bogotá: Sol y Luna; Banco Cafetero. Pp. 101 – 116.

Del Castillo, N. 1979. "Cartagena puerto comercial". En Boletín cultural y bibliográfico. Vol. XVI, N° 2. Bogotá: Banco de la República. Disponible en:

Del Valle Porto, Alfonso. 1992. Compendio monográfico de la historia general de la Villa de Magangué. Magangué: Alcaldía Municipal.

Depestre, René. 1996. "Saludo y despedida a la negritud". En: Moreno Fragnals, Manuel. *África en América Latina*. México: Siglo XXI. Pp. 333 – 362.

Documentos importantes para la historia de las vías de comunicación entre Cartagena de Indias y el Río Grande de la Magdalena. Boletín historial (Cartagena). -- Vol. 11, No. 108-111 (Mar./Jun. 1947). -- p. 73-84.

Echeverri Mejía, Oscar. 1955. "Río Magdalena". En: Hojas de Cultura Popular Colombiana. No.55. Bogotá: Editorial Centro-Instituto Gráfico.

Fals Borda, Orlando. [1979] 2002a. Historia Doble de la Costa. Tomo I, Mompox y Loba. Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, Banco de la República y El Áncora Editores.

_____ 2002b. Historia doble de la costa. El Río San Jorge. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, El Áncora Editores.

Fanon, Frantz. 1970. *Pieles negras, máscaras blancas*. Barcelona, Editorial Nova Terra.

Fischer, Thomas. 2003. "Empresas de navegación en el río Magdalena durante el siglo XIX: dominación extranjera y lucha por el monopolio". En: Dávila Ladrón de Guevara, Carlos. (Compilador). 2003. *Empresas y empresarios de la historia de Colombia. Siglos XIX y XX*. Tomo II. Bogotá: Norma; UniAndes.

Franco, Carlos Arturo. 1987. "Bailes Cantaos de la Costa Atlántica". En: Nueva Revista Colombiana del Folclor, Luís Duque Gómez (Compilador). Patronato de Artes y Ciencias. Bogotá.

Friedemann, Nina S. de y Jaime Arocha. 1986. *De sol a sol. Génesis, transformación y presencia de los negros en Colombia*. Bogotá: Planeta Colombiana Editorial. S.A.

Friedemann, Nina S. 1984. *Ma Ngombe. Guerreros y ganaderos en Palenque*. Carlos Valencia Editores.

Gallegos, Judith. 2002. Zambaje y conflicto en la provincia de Cartagena, 1602-1640. Bogotá. ICAHN. Publicado en: http://www.icanh.gov.co/recursos_user/resultados%202006-33.pdf

Gilmore, Robert Luis y Jhon Harrison. 1977. "Juan Fernando Elbers y la introducción de la navegación a vapor en el río Magdalena". En: El Siglo XIX en Colombia visto por los historiadores norteamericanos. Bogotá: Editorial La Carreta.

Gosselman, Karl August. 1981. Viaje por Colombia: 1825 y 1826. Bogotá: Ediciones del Banco de la República.

Gómez Picón, Rafael. 1945. Magdalena: Río de Colombia. Interpretación histórica y social-económica de la gran arteria colombiana desde su descubrimiento hasta nuestros días. Bogotá. Editorial Santafé.

Hall, Stuart. 1999. "Identidad cultural y diáspora". En: Castro-Gómez, Santiago; Oscar Guardiola-Rivera y Carmen Millán de Benavides (Eds). Pensar (en) los Intersticios: Teoría y práctica de la crítica poscolonial. Bogotá, Instituto Pensar, Universidad Javeriana. Págs. 131 – 145.

Hamilton, John Potter. 1993. Viajes por el interior de las provincias de Colombia. Bogotá: Comisión Preparatoria para el V Centenario del Descubrimiento de América, Instituto Colombiano de Cultura.

Hettner, Alfred. (). El Río Magdalena. Viajes por los andes colombianos: (1882-1884). En: <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/historia/viaand/viaand6.htm>.

Herrera Ángel, Marta. 2002. "El Arrochelamiento: Nominar para Criminalizar. Colombia". En: El Taller de la Historia. Vol. 2 Pp. 11 – 46.

Helg, Aline. 2011. Libertad e igualdad en el Caribe colombiano 1770 – 1835. Bogotá: Editorial Banco de la República, Universidad EAFIT.

Horna, Hernán. 2003. "Ferrocarriles Latinoamericanos en el siglo XIX: el caso de Colombia". En: Dávila Ladrón de Guevara, Carlos. (Compilador). Empresas y empresarios de la historia de Colombia. Siglos XIX y XX. Tomo II. Bogotá: Norma; UniAndes.

Laffite Carles Christine. 1995. La costa colombiana del Caribe, 1810 – 1830. Bogotá: Banco de la República.

Le Moine, Auguste. 1985. Viaje y estancia en la Nueva Granada. Bogotá: Editorial Incunable.

Lemaitre, Eduardo. (). Historia del Canal del Dique: sus peripecias y vicisitudes. Cartagena: Constructora Sanz y CIA COBE Ltda.

Lemaitre, Eduardo. 1981. Historia General de Cartagena. Bogotá: Banco de la República.

List, George. 1987. "La influencia africana en la rítmica y la métrica de la canción y la música folclórica de la costa". Huellas. Revista de la Universidad del Norte.

Martelo Sarmiento, Victorino. 2004. Calamar: período republicano. Barranquilla: Editorial Antillas.

Márquez, Germán. 2006. "Oro vs. Plantaciones en el Caribe hispánico: aproximación ecológica y ambiental." En Alberto Abello Vives (compilador). Un Caribe sin plantación. Memorias de la cátedra del Caribe colombiano. San Andrés: Universidad nacional de Colombia, Sede Caribe – Observatorio del Caribe. Pp. 103 – 124.

Mayor Mora, Alberto. 1989. "Historia de la Industria Colombiana: 1886-1930". En: Nueva Historia de Colombia. Bogotá: Editorial Planeta.

Mendoza Ramos, Cesar. 1998. "Historia económica y social del Caribe colombiano". En: Revista Historia Caribe. Vol. II. N° 3. Barranquilla: Ministerio de Cultura. Pp. 79 – 82.

Meisel Roca, Adolfo. (). Historia económica y sociedad en el Caribe colombiano.

Mogollón, J. V. & Co. 1924. Monografías de Magangué. Magangué: J. V. Mogollón & Co.

Moreno Gómez, Joaquín. 2006. La navegación y el transporte fluvial en Colombia. Universidad pedagógica y Tecnológica de Colombia. Dirección de investigaciones DIN.

Montaña, Antonio. 1996. A todo vapor. Bogotá: Fondo cultural cafetero, Bancafé.

Montoya Marquez, Julio. 1929. Barranquilla y sus 300 años de existencia 1629-1929. Barranquilla. Litografía Barranquilla.

Molano, Alfredo y María Ramírez. 2000. Historia ambiental del bajo Magdalena: Mompo, Soplaviento, Calamar, Mahates, Morales. Cartagena: Gobernación de Bolívar; Instituto Internacional de Estudios del Caribe.

Molano, Alfredo. 2006. La tierra del Caimán: historias orales del bajo Magdalena. Bogotá: Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara S. A.

Muñoz Vélez, Enrique Luis. 2003. "El bullerengue: ritmo y canto a la vida". En *Artesanías de América*, 54: 49-75. También en www.cidap.org.ec/aplicaciones/publicaciones/archivos/El%20Bullerengue.pdf

Múnera, Alfonso. 1998. El fracaso de la nación. Región, clase y raza en el Caribe colombiano: 1717-1810. Bogotá, Banco de la República, El Ancora editores.

Múnera, Alfonso. 2005. Fronteras imaginadas. La construcción de las razas y de la geografía en el Siglo XIX colombiano. Bogotá, Editorial Planeta.

Museo Nacional de Colombia. 2010. Río Magdalena: Navegando por una nación. Bogotá: Museo Nacional de Colombia.

Naranjo Martínez, Enrique. 1917. "Informe sobre el río Magdalena". En: Colombia. Ministerio de Obras Públicas. Informe al Congreso Nacional. Bogotá.

Nichols, Theodore. 1973. Tres puertos colombianos. Bogotá: Banco popular.

Nichols, Theodore. 1955. "Cartagena and the Dique: A problem in Transportation", en *The Journal of Transpon History*. Leicester, vol. II.

Nieto, Juan José. 2001. Ingermina o la hija de Calamar. Bogotá: Universidad EAFIT.

Nieves Oviedo, Jorge. 2008. De los sonidos de patio a la música del mundo: semiosis nómadas en el Caribe. Cartagena, Observatorio del Caribe, Convenio Andrés Bello.

_____ 2007. "Estado de la investigación sobre música en el Caribe colombiano". En: Espinosa, Aaron (ed). *Respirando el Caribe. Memorias del II encuentro de investigadores sobre el Caribe colombiano*. Vol 3. Cartagena, Observatorio del Caribe, Colciencias.

Nieves Oviedo, Jorge. 2004. "Matrices musicales del Caribe colombiano". En *Aguaita*, N°. 10. Cartagena: Observatorio del Caribe.

Nieto Villamizar, María Camila. 2001. Esclavos, negros libres y bocas en la literatura del siglo XIX. Bogotá: Uniandes.

Noguera Mendoza, Aníbal. 1980. Crónica grande del Río de la Magdalena: recopilación, notas y advertencias. Bogotá: Sol y Luna; Banco Cafetero.

Noriega Barba, Rafael. 2003. Historia y vivencias de Tamalameque. Valledupar.

Ocampo López, Javier. 2000. Música y folclor de Colombia. Bogotá. Plaza y Janes editores.

Ospino Valiente, Álvaro. 2005. Santa Marta Vista por Viajeros. Fondo Mixto Distrital para la Promoción de la Cultura y las Artes, Alcaldía de Santa Marta. Editorial Trillas.

Ortiz, Fernando. 1991. Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar. La Habana: Editorial Ciencias Sociales.

Ortiz, Fernando. 1975. La música afrocubana. Madrid, Ediciones Júcar.

Pava Rangel, Gnecco. 1948. Aires guamalenses. Bogotá: Editorial Kelly.

Palacios Preciado, Jorge. 1973. La Trata de negros por Cartagena de Indias. Tunja: Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia. (326.986 P15t Cartagena).

_____ 1980. "Visión histórica del mundo negro". En: Los grupos afroamericanos, aproximaciones y pastoral. Bogotá: Celam.

Pérez Herrera, Manuel Antonio. 2005. El son de pajarito: El bunde fiestero del río Magdalena. Barranquilla: Universidad del Atlántico.

Pérez Herrera, Manuel Antonio. 2004. "Contextualización del fenómeno sociocultural "son de negros" área del Canal del Dique del Caribe colombiano". Revista Jangwa Pana. Santa Marta: Universidad del Magdalena. Pp. 22 – 24.

_____ 2002. El son de negro proyecto de creación y gestión cultural. Barranquilla: Son de negro ediciones.

Pérez Herrera, Manuel Antonio. 1996. El son de negro en Santa Lucía y área del Canal del Dique. Barranquilla: Grafimpresos Donado.

Pino, Diógenes. 1989. La tambora: universo mágico. Identidad cultural del hombre de la ribera del río Magdalena. Tamalameque, Casa de la Cultura y Turismo de Tamalameque.

Palacios Preciado, Jorge. 1973. La Trata de negros por Cartagena de Indias. Tunja: Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia. (326.986 P15t Cartagena).

_____ 1980. "Visión histórica del mundo negro". En: Los grupos afroamericanos, aproximaciones y pastoral. Bogotá: Celam.

Posada Carbó, Eduardo. 1998. El Caribe colombiano. Una historia regional (1870 - 1950). Bogotá: Banco de la República, El Áncora Editores.

Posada Carbó, Eduardo. 1989. "Bongos, champanes y vapores en la navegación fluvial colombiana del siglo XIX". Boletín Cultural y Bibliográfico Número 21, Volumen XXVI.

Posada Carbó, Eduardo. 1987. Una invitación a la historia de Barranquilla. Bogotá. Cerec, Cámara de Comercio de Barranquilla.

Posada, Consuelo. 1986. Canción vallenata y tradición oral. Medellín: Universidad de Antioquia, Departamento de publicaciones.

Posada Gutierrez, Joaquin. 1973. "Fiestas de la Candelaria". En: Cuadros de costumbres Tomo I. Biblioteca Banco Popular. Bogotá. P.p 157-173.

Poveda Ramos, Gabriel. 1998. Vapores fluviales en Colombia . Bogotá: Tercer Mundo Editores, Colciencias.

Polo Acuña, José. 2006. "La población rural del Caribe neogranadino durante el siglo XVIII: ¿potencial mano de obra para una agricultura de plantación?". En Alberto Abello Vives (compilador). Un Caribe sin plantación. Memorias de la cátedra del Caribe colombiano. San Andrés: Universidad nacional de Colombia, Sede Caribe – Observatorio del Caribe. Pp. 125 – 140.

Peña Galindo, David Ernesto. 1988. Los bogas de Mompox. Historia de un zambaje. Bogotá: Editorial Tercer Mundo.

Quijano, Aníbal. 2007. "Colonialidad del poder y clasificación social". En: Santiago Castro-Gómez y Ramón Grosfoguel (eds.), *El giro decolonial. Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*. Bogotá: Iesco-Pensar-Siglo del Hombre Editores. Pp 93 – 126.

Quintero Rivera, Ángel. 2005. *Salsa, sabor y control. Sociología de la música tropical*. México, Siglo Veintiuno Editores S. A. de C. V.

Quintero Rivera, Ángel. 2009. Cuerpo y cultura. Las músicas «mulatas» y la subversión del baile.

Reclus, Elisé. 1994. Viaje a la Sierra Nevada de Santa Marta. Bogotá: Banco de la República.

Restrepo, Eduardo y Axel Rojas. 2008. Afrodescendientes en Colombia. Compilación bibliográfica. Popayán: Universidad del Cauca.

Restrepo Tirado, Ernesto. 1975. Historia de La Provincia de Santa Marta. Bogotá.

Rey Sinning, Edgar. 1995. El Hombre y su Río. Santa Marta.

Rico Pulido, Eduardo. 1969. Las obras de bocas de ceniza. Bogotá: Colpuertos, Puertos de Colombia.

Romero, Ismael José. 1906. Descripción de los ferrocarriles de Colombia y viaje por el río Magdalena.

Ruíz, León. 1987. Río Grande de la Magdalena. Bogotá: Editorial Colina.

Ruíz Barrachina, Emilio. 1998. Calamarí. Madrid: Auryn Editorial S. L.

Sæther, Steinar A. 2005. *Identidades e independencia en Santa Marta y Riohacha, 1750–1850*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia.

Saffray, Charles. 1948. Viaje a Nueva Granada. Bogotá: Prensas del Ministerio de Educación Nacional.

Sanz de Santamaría, Nicolás. 2003. Relato de un viaje por el río Magdalena, Panamá y Costa Rica: excursión del Gimnasio Moderno. Bogotá: El Navegante Editores.

Santos Delgado, Adriana. 2007. "El río Magdalena y el mar Caribe como ejes geohistóricos". En: *La Región y sus orígenes: Momentos de la historia económica y política del Caribe colombiano*. Gustavo Bell Lemus (compilador). Barranquilla: Parque Cultural del Caribe. Pp. 205 – 215.

Solano, Sergio Paolo. 2003. Puertos, sociedad y conflictos en el Caribe colombiano, 1850 – 1930. Cartagena: Observatorio del Caribe colombiano. En: http://www.ocaribe.org/publicacionesinfo.php?la=en&id_publicacion=21

Solano, Sergio Paolo. 1989. "Comercio, transporte y sociedad en Barranquilla, en la primera mitad del siglo XIX": En: *Boletín Cultural y Bibliográfico*, Número 21, Volumen XXVI. Bogotá: Banco de la República.

Solano, Sergio Paolo. 1986. "El puerto de Sabanilla durante el periodo colonial". En: *Revista Huellas*: Barranquilla: Universidad del Norte.

Solano, Sergio Paolo. 1987. "Barranquilla a finales del siglo XVIII y comienzos del XIX". En: *Revista Amauta*, Barranquilla.

Solano, Sergio Paolo. 1998. "De bogas a navegantes: Los trabajadores del transporte por el río Magdalena". En: *Revista Historia Caribe*. Vol. II. N° 3. Barranquilla: Ministerio de Cultura. Pp. 55 – 70.

Urrutia, Miguel. 1979. Cincuenta años de desarrollo colombiano. Bogotá: Ed. La Carreta.

Van Der Hammen, Thomas. 1957. Las terrazas del río Magdalena y la posición estratigráfica de los hallazgos de Garzón. *Revista Colombiana de Antropología*. -- Vol. 6. Bogotá: ICAN. Pp. 259-270.

Visbal, Mauricio. 1945. "Apuntes históricos sobre el canal del Dique" en Boletín Historial. Academia de la Historia de Cartagena de Indias, núm. 86. Cartagena.

Vergara Echavez, Nilo Arturo. 1989. Mitos y leyendas de la tribu Calamarí. Cartagena: Ediciones Alborada.

Wade, Peter. 2002a. Música, Raza y nación. Música tropical en Colombia. Bogotá, Vicepresidencia de la República, Programa Plan Caribe.

Wade, Peter. 1997. Gente negra, nación mestiza. Dinámicas de las identidades raciales en Colombia. Bogotá, Ediciones Uniandes.

Ybot León, Antonio. 1952. La arteria histórica del nuevo Reino de Granada (Cartagena – Santa Fe, 1538 - 1798). Los trabajadores del Río Magdalena, y el canal del Dique según documentos del archivo general de Indias de Sevilla.

Zambrano, Fabio. 1979. "Navegación a vapor por el río Magdalena". Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura. Volumen 9. Bogotá: Pp. 63-75.

ENTREVISTAS